



# BOLÍVAR Y SAN MARTÍN

REFLEXIONES A TRES VOCES  
SOBRE LA ENTREVISTA  
DE GUAYAQUIL 1822

---

**Gerhard Masur**  
**Indalecio Liévano Aguirre**  
**Augusto Mijares**

Presentación: Alexander Torres Iriarte

**CENTRO  
NACIONAL  
HISTORIA**  
\*\*\*\*\*



### **Coordinación editorial y corrección**

Yessica La Cruz

### **Diseño de colección**

Aarón Lares

### **Diagramación y portada**

Orión Hernández

### **Imagen de portada**

*Reunión entre San Martín y Simón Bolívar*

Pablo Ducros Hicken

Óleo. Embajada de Venezuela en la Argentina

**BOLÍVAR Y SAN MARTÍN. REFLEXIONES A TRES  
VOCES SOBRE LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL 1822**

Gerhard Masur

Indalecio Liévano Aguirre

Augusto Mijares

© Centro Nacional de Historia, 2022

Final Av. Panteón, Foro Libertador,  
edificio Archivo General de la Nación, P.B. Caracas,  
República Bolivariana de Venezuela

**[www.presidencia.gob.ve](http://www.presidencia.gob.ve)**

**[www.cnh.gob.ve](http://www.cnh.gob.ve)**

**Depósito Legal:** DC2022001019

**ISBN:** 978-980-419-082-7



# BOLÍVAR Y SAN MARTÍN

REFLEXIONES A TRES VOCES  
SOBRE LA ENTREVISTA  
DE GUAYAQUIL 1822



# **BOLÍVAR Y SAN MARTÍN**

**REFLEXIONES A TRES VOCES  
SOBRE LA ENTREVISTA  
DE GUAYAQUIL 1822**

---

**Gerhard Masur  
Indalecio Liévano Aguirre  
Augusto Mijares**

**Presentación: Alexander Torres Iriarte**



## PRESENTACIÓN

Existen episodios en nuestro devenir colectivo dignos de ser immortalizados. Como cuentas pendientes los evocamos, cual cantera inagotable de moralejas orientadoras en realidades distintas, pero inspiradoras.

Desde una perspectiva insurgente los hechos pretéritos comienzan a tomar una importancia inusitada, no para solazarnos en el ayer —y gritar ¡qué grandes fueron nuestros mayores!—, sino para comprometernos en nuestro hoy lleno de contrariedades e intervencionismos. En este sentido, la noción de anacronismo no tiene lugar en el debate de las ideas, concebimos lo histórico como algo vivo que sigue presente entre nosotros, que, respetando sus particularidades propias de tiempos y lugares, nos proporciona lecciones valiosísimas.

Es quizás la afamada Entrevista de Guayaquil de 1822 entre Simón Bolívar y José de San Martín, uno de esos fenómenos que, enmarcado en la llamada Campaña del Sur, puede robar nuestras atenciones, e incitarnos con posibles enseñanzas actuales al develar claves de un momento crucial de nuestro transcurrir.

El evento recordado puesto en un marco mayor nos revela la significación histórica de Guayaquil. Al revisar sus ventajas geográficas, económicas y militares, notaremos por qué siempre esta ciudad fue ambicionada por distintos bandos independentistas, fueran de procedencia



colombiana o peruana. También los realistas la anhelaban sobre manera, por las mismas razones, lo que explica que, para los años veinte del siglo antepasado, el lar hoy ecuatoriano corría el riesgo de volver a manos de la corona española.

Conocía de este peligro José Joaquín de Olmedo, quien solicita respaldo al revolucionario caraqueño para garantizar la Independencia de Guayaquil y continuar la lucha por la Real Audiencia de Quito. Antonio José de Sucre, con un contingente de patriotas prestos a romper las cadenas del enemigo, es el escogido para tan ingente misión. Pero, no todo es sencillo: la intención de anexarla a la República de Colombia está en los planes geoestratégicos del Libertador, pese a la negativa de Olmedo, vocero de una supuesta autonomía deseada por sus lugareños.

Mientras Bolívar avanza de norte a sur, José de San Martín lo hace de manera contraria, de sur a norte. El líder argentino ya había convocado un Congreso Constituyente y había decretado “simbólicamente” la emancipación del Perú.

En este ambiente tenso, los defensores de la monarquía todavía pulsán con fuerza en el Perú y ya —por razones políticas, ideológicas y hasta financieras— San Martín no cuenta con el apoyo requerido para materializar esta titánica tarea. Thomas Cochrane, pieza imprescindible para el líder argentino, abandona Lima y deja al dirigente sureño desprovisto de escuadra, pertrechos, hombres y dinero. Negado el auxilio total de Río de la Plata y de algunos

influyentes caudillos australes, no le queda más remedio a San Martín que pedir ayuda a Simón Bolívar.

Tanto el venezolano como el argentino coinciden en que la liberación americana está en el Perú. Hacia allá están dirigidas todas sus acciones.

Estas gruesas pinceladas es el cuadro mayor que explica por qué el Libertador, el 11 de julio de 1822, llega a Guayaquil, ocupa el gobierno local, y se proclama Dictador. José de San Martín, por su parte, tocará suelo guayaquileño días después, cuando los soldados colombianos se hayan posesionado de la ciudad.

Es así que se lleva a cabo en Guayaquil la reunión entre José de San Martín y Simón Bolívar. Las conversaciones entre el Protector del Perú, y el Libertador ocurren el 26 y el 27 de julio de 1822. Se realizan sin la presencia de funcionarios de ningún tipo; aspecto que ha alimentado suposiciones, tergiversaciones y mentiras que todavía, pese a las contundentes investigaciones históricas, siguen gozando de buena salud.

La hipótesis según la cual Bolívar le impidió a San Martín su participación para emancipar al Perú, razón por la cual se distancia el Protector del teatro de la guerra y del poder, ha sido superada.

El destino de Guayaquil, la idea de confederación americana, el apoyo militar a San Martín, la problemática limítrofe colombo-peruana, y, sobre todo, la discusión sobre las formas de gobierno que debía adoptar el Perú, aspecto en el cual hubo diferencias notables; nos toparemos a releer los documentos no apócrifos. Por un gobierno

monárquico aboga el argentino, mientras el venezolano se aferra el republicanismo; es un punto álgido de la reunión discreta y no planificada.

Un poco más de día y medio fue el tiempo que estuvo San Martín con Bolívar. El Protector se despidió del Libertador en el alba del 28 de julio de 1822. De retorno a la capital peruana San Martín renunció a su investidura, se embarcó a Chile y luego a Mendoza, antes de dirigirse definitivamente a Europa.

El lector y la lectora se encontrarán en este breve libro la compilación de tres capítulos pertenecientes a tres recomendables biografías del Hombre Diáfano de América, tres obras que todo nuestroamericano debe consultar con golosa emoción. Son tres trabajos que dibujan desde ópticas historiográficas específicas —siempre acotadas a las ideologías, las fuentes y las interpretaciones subjetivas de los estudiosos— de tres grandes escritores que no deben de faltar, cuando de escrutar la vida del Libertador se trata. Un trío que nos brinda sus propias “lecturas” de la afamada Entrevista de Guayaquil ahora celebrada.

El primero es Gerhard Masur, con su libro *Simón Bolívar*. Es una obra publicada en 1948 y traducida y dada a conocer en español doce años después. Es innegable que la pupila del connotado autor está mediatizada por ciertos conceptos eurocéntricos, que alcanzan la exposición misma de la cita en Guayaquil. Sin eludir sus juicios —que a veces nos parecen excesivos y faltos de rigor científico— quisimos incluirlo aquí en este humilde esfuerzo, con la advertencia que sea leído con un grado de “malicia”.

El empeño del intelectual alemán de enfatizar la rivalidad entre los dos grandes hombres, como ya referimos, no aguanta el examen de las últimas pesquisas. Epítetos como “ambicioso”, “egoísta”, “egocéntrico”, para referirse a Bolívar en el plano personal o el hecho de adjudicarle al Libertador la paternidad del “panamericanismo” norteamericano, es una desproporción —propia de su hora— que no soporta la mínima constatación. Sin embargo, superando estos incidentes, la manera lacónica, clara, directa de escribir de Masur y su aseveración de que “para 1822 la Revolución Sudamericana alcanzó su cenit”, entre muchas otras argumentaciones invaluable, es buena carta de entrada a un acápite que debemos redescubrir.

El segundo de los trabajos que se hallará es un capítulo del libro *Bolívar* de Indalecio Liévano Aguirre. Texto publicado en 1950, de un autor que goza de gran reputación y aceptación en Venezuela por las prolíficas ediciones y divulgaciones de su preciosísima obra. Se expulsa en explicar el biógrafo colombiano las diametrales posiciones sobre el futuro político del continente: San Martín defiende “el orden social tradicional” y el Libertador brega por “una modificación de las condiciones sociales de América como fundamento de la Independencia”, apunta.

Tercero y último, incluimos a la infaltable obra *El Libertador*, de Augusto Mijares, publicado en 1964. Trabajo de gran valía, tenido si no como la mejor biografía de Simón Bolívar, por lo menos una de las mejores. La grandeza del escritor criollo, tanto en la hermosura de

su relato como la densidad de su contenido, le han dado más de medio siglo este distinguido trono. Por honor a la verdad, Mijares le resta trascendencia a la Entrevista de Guayaquil y de manera crítica y adusta afina su puntería contra la figura de José de San Martín, y, por ende, contra cierta historiografía que ha tratado de victimizarlo ante el Hombre de las Dificultades. El autor de *Lo afirmativo venezolano* nos interpela sobre un acontecimiento que a su juicio, desde el primer momento el Libertador dominó en la realidad concreta, más allá de las elucubraciones de opinadores de oficios y de prosistas fantasiosos.

Como se puede observar, estamos ante suceso controvertido y sumamente interesante. En Historia las polémicas no cesan. Doscientos años después con el mismo ardor del primer día discutimos hechos de centurias pasadas. Esto es más que ilustrativo, nos dice cómo en la cotidianidad de la Revolución Bolivariana —y su inherente proceso de concientización social— la narrativa histórica no es un asunto insulso, desgastado, periclitado. No, de ninguna manera. Es más bien parte de la pedagogía política sembrada por el Comandante Eterno Hugo Chávez Frías, y ahora cultivada y recogida por el Presidente Nicolás Maduro Moros.

Queremos pues, modestamente, desde el Centro Nacional de Historia, hacer llegar estas páginas vibrantes al pueblo venezolano sobre la Entrevista de Guayaquil de 1822 en plena época de bloqueo contra nuestro país; como recordatorio que la ciencia de Clío no solo nos remite a las páginas gloriosas del pasado, sino que nos

emplaza al deber sincero de edificar en este bicentenario una patria auténticamente protagónica, popular y antes que todo, soberana.

Alexander Torres Iriarte  
Presidente del Centro Nacional de Historia



# La conferencia de Guayaquil

Gerhard Masur

Promediaba el año 1822 cuando la revolución sudamericana alcanzó su cenit. Fue el momento solemne y prodigioso en que se unieron los movimientos del norte y del sur. La libertad había dejado su huella desde el mar Caribe hasta el límite sur del Ecuador. Se había extendido hacia el norte desde el Plata hasta los confines del Perú. Adentrándose en el continente desde las playas del Atlántico, ambas corrientes revolucionarias habían cruzado los Andes, encontrándose finalmente en el Pacífico. Sus fuerzas se habían unido en Ecuador, y los hilos de su destino se habían entremezclado en Guayaquil. La conferencia con San Martín fue la culminación de una serie de acontecimientos que habían concurrido durante doce años para posibilitar esta ocasión<sup>1</sup>.

Hispanoamérica se había liberado de la madre patria desde México hasta el Cabo de Hornos. Solo en casos aislados continuaban luchando inútilmente los restos del

---

1      Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, 1889, vol. III, p. 542.



ejército español contra los independientes, y no quedaba sino un Estado por ser liberado: el Virreinato del Perú. La conquista de estos dominios constituía en ese momento el objetivo de Bolívar, y las tropas argentino-chilenas a las órdenes de San Martín, ya estaban allí. Perú habría de ser el punto de unión de ese poderoso movimiento que había libertado a un continente. Perú era también la línea divisoria donde debían dilucidarse las ansias de hegemonía colombianas y argentinas<sup>2</sup>.

Los argentinos habían contribuido a libertar Ecuador, y Bolívar reconoció esta obligación el día que entró en Quito en una carta a San Martín: “Siento la mayor satisfacción al anunciar a Vuestra Excelencia que la guerra de Colombia ha terminado, y que su ejército está listo para marchar hacia dondequiera lo llamen sus hermanos, especialmente al territorio de nuestro vecino del Sur”<sup>3</sup>. San Martín replicó que las victorias de Bomboná y Pichincha habían sellado la unión de Colombia y Perú, y que solo quedaba un campo de batalla en Sudamérica: Perú<sup>4</sup>.

Bolívar realizó un sincero esfuerzo para establecer relaciones más estrechas con las naciones hermanas de Colombia. El embajador colombiano en Lima, Joaquín Mosquera, había llegado a un acuerdo a perpetuidad con

---

2 Mitre: *San Martín*, vol. III, pp. 576-577. José Manuel Groot: *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada escrita sobre documentos auténticos*. Segunda edición. Bogotá, 1889-93. 5 vols. Vol. IV, p. 263.

3 Vicente Lecuna: *Cartas del Libertador*. Caracas, 1929-1930. Vol. III, p. 42.

4 Mitre: *San Martín*, vol. III, p. 576. *Memorias del General O'Leary*. Caracas, 1879-1888, 32 vols. Vol. XIX, p. 335.

el Gobierno de San Martín, cuyos principios generales no presentaron dificultades. Sin embargo, el intento de anexionar Guayaquil al territorio de la República Colombiana provocó las protestas del ministro peruano. Perú quería este puerto para sí, y en consecuencia sugirió que se ofreciese a Guayaquil la posibilidad de optar por su nacionalidad. El ministro de Relaciones Exteriores colombiano no podía ni quería consentir a ello, pues las instrucciones de Bolívar sobre el particular eran claras y explícitas<sup>5</sup>. Al principio, este espinoso problema quedó soslayado cuando ambas partes convinieron en que un posterior tratado especial reglamentaria la cuestión de los límites entre los dos Estados.

En la disputa entablada sobre Guayaquil, San Martín sostuvo el principio de la no intervención, en la esperanza de conquistar el puerto para el Perú. Por su parte, Bolívar propuso que Colombia interviniese. No ocultó su actitud y escribió a San Martín: “No comparto el punto de vista de Vuestra Excelencia de que la voz de una provincia deba escucharse antes de que se pueda establecer la soberanía nacional, pues ninguna parte sola, sino el pueblo en su conjunto, resuelve estas cuestiones libre y legalmente en una asamblea general”. Bolívar no prometió a San Martín un plebiscito, pero se mostró de acuerdo con que se consultase la opinión del pueblo. Además, esperaba

---

5 O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, p. 324. José Félix Blanco (ed.): *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Caracas, 1875-1878, vol. VIII, p. 453. José Manuel Restrepo: *Historia de la revolución de la República de Colombia*. Besacon, 1858, vol. II, p. 224.

resultados decisivos de su reunión personal con San Martín, a la que solo faltaba para concretarse, la conciliación de las conveniencias de ambos hombres. “Los intereses de una pequeña provincia no pueden alterar el porte majestuoso de Sudamérica. Espero con impaciencia las discusiones que Vuestra Excelencia se digne sugerir”<sup>6</sup>.

Bolívar realizó ciertos preparativos para este encuentro, el primero en su esfuerzo por poner fin a la anarquía imperante en Guayaquil. Quienes abogaban por un Guayaquil independiente basaban sus esperanzas en la división argentina que había luchado en Pichincha. El propósito de la división al llegar a Quito no había sido únicamente la liberación de esta, y si hubiese regresado a tiempo a Guayaquil, podría haber tomado bajo su protección a todos los separatistas<sup>7</sup>. La flota peruana también en camino hacia Guayaquil. Sin embargo, Bolívar se dio cuenta de las verdaderas intenciones de San Martín y logró frustrarlas reteniendo a las tropas argentinas frente a Quito y enviando el ejército colombiano a Guayaquil. Él mismo llegó al puerto casi simultáneamente con su ejército.

En la ciudad reinaba un caos indescriptible. Las calles estaban repletas de adictos a los tres partidos, pues cada hombre trataba de sobrepasar a la oposición; los gritos de “¡Viva la independencia!” se mezclaban con los vítores a Perú y Colombia. El Consejo de Guayaquil no tenía

---

6 *Cartas*: vol. III, pp. 50-52. La carta de Bolívar es la respuesta a una nota de San Martín del 3 de marzo de 1822. Véase Lecuna: *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, volumen XXV, p. 488.

7 O’Leary: *Memorias*, vol. II, p. 150. Camilo Destruge: *Guayaquil en la campaña libertadora del Perú*. Guayaquil. 1924.

intenciones de abandonar sus designios de independencia, pero Bolívar no dejó lugar a dudas de que desde ese momento en adelante dirigiría el curso de los acontecimientos. Según su costumbre, apeló a las masas, declarando que todas las provincias del Sur estaban bajo la égida de la libertad y de las leyes colombianas. “Solo vosotros os encontráis en una posición falsa y ambigua. La anarquía os amenaza. Os traigo la salvación”. Les dijo que tenía el convencimiento de que querían ser colombianos, pero les prometió un plebiscito que probara al mundo que todos los colombianos querían a su país y a sus leyes. Requirió el voto general para sancionar la incorporación de Guayaquil a la República Colombiana<sup>8</sup>.

Esta votación decisiva no habría de tener lugar hasta fines de julio, pero resultó evidente para todos que constituiría simplemente la aprobación de un *fait accompli*. Mientras tanto, y a medida que pasaban los días, la tensión originada por la controversia se hacía mayor. Frente a la casa de Bolívar sus adictos destruyeron la bandera de Guayaquil e izaron en su lugar los colores colombianos. La multitud vitoreaba a Bolívar y los barcos surtos en el puerto dispararon salvas. Los miembros del Consejo comunal, que temían que sus vidas y haciendas corriesen peligro, huyeron aterrorizados ante las masas excitadas. Bolívar desaprobó estos excesos en público, pero los alentó en privado, pues sabía que en el momento en que estallase esta anarquía y confusión obtendría el control de

---

8 *Proclamas de Bolívar, Sucre, Santander y Padilla*. Bogotá, 1878: p. 275.

la situación. Cuando fue oportuno, anunció al Consejo que asumiría todas las facultades civiles y militares para impedir mayores daños, pero que este paso no afectaría en modo alguno la libertad del pueblo<sup>9</sup>.

De este modo quedó concretada la anexión de Guayaquil, y Bolívar se declaró dictador de la provincia en discusión. Había entrado en la ciudad el 12 de julio; el día 24 celebró su trigésimonono cumpleaños. Un día después llegó el general San Martín a bordo de un buque de guerra chileno.

El encuentro entre Bolívar y San Martín siempre ha encendido la imaginación de los sudamericanos. No solo se trató de un encuentro entre los hombres más grandes de la Revolución Sudamericana, donde cada uno pudo medir las dimensiones del otro, sino que se convirtió en el campo de prueba relativo a las obligaciones nacionales del Perú. La conferencia de Guayaquil ha inspirado a menudo comparaciones que, a la manera de Plutarco, presentan las vidas de estos hombres en forma armoniosa o discordante. Estas descripciones son tan fascinantes como engañosas. Su índole era esencialmente distinta, y el único paralelo verdadero entre ellos, radica en la fuerza rectora de las obras de sus vidas<sup>10</sup>.

San Martín y Bolívar, Buenos Aires y Caracas, son los puntos focales del gran movimiento elíptico que

---

9 O'Leary: *Memorias*, vol. II, p. 156. O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, p. 347 y ss.  
10 Mitre: *San Martín*, vol. III, p. 603. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, p. 495; volumen XIV, p. 491. O'Leary: *Memorias*, vol. II, p. 168. Larrazábal: Volumen II, p. 151.

circunscribe la Revolución Sudamericana. Un breve bosquejo de la carrera de San Marín facilitará la comprensión del sentido y contenido de su reunión<sup>11</sup>.

San Martín había nacido en Yapeyú, pueblecito perteneciente al virreinato del Río de la Plata, el 25 de febrero de 1778. Su padre se contaba entre los altos funcionarios del Gobierno colonial. San Martín fue llevado a España cuando era aún muy pequeño y permaneció allí durante veintisiete años. Su niñez, su juventud y su educación militar y política guardaron relación con Europa y España, pero no tenemos duda de que abrigaba un recuerdo y un amor secreto por América<sup>12</sup>.

En España San Martín ingresó en la Academia Real, destinada a la educación de la nobleza. Se hizo cadete y a temprana edad fue designado ayudante del general Solano. En una campaña intrascendente contra Portugal recibió su bautismo de fuego, y más tarde ascendió en forma gradual la escala de las promociones militares. La ocupación de España por Napoleón le significó una de las grandes impresiones de su vida. Había visto cómo la muchedumbre exaltada había dado muerte a su comandante y lo había arrastrado por las calles, y el recuerdo de

---

11 J. P. Otero: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, 1932. Véase Bibliografía en vol. IV. E. García del Real: *San Martín*. Madrid, 1932. R. Azpúrua: *Biografía de hombres notables de Hispanoamérica*, vol. I, Caracas, 1877. J. M. Gutiérrez: *San Martín*. Buenos Aires, 1863. R. Vicuña Mackenna: *El general San Martín*. Santiago, 1902. D. F. Sarmiento: *Obras completas*, vol. III, p. 297 y ss. París. 1909. W. Dietrich: *Belgrano y San Martín*. Santiago, 1943. San Martín. Correspondencia. Museo Hist. Nacional, Buenos Aires, 1910-1911.

12 Leguizamón: *La casa natal de San Martín*. Buenos Aires, 1925.

esta escena de crueldad no se borró jamás de la mente de San Martín. Inclusive después que fue un liberal convencido, pero que también despreciaba a las masas y sus impulsos. A pesar de este aparente conflicto de ideales, San Martín luchó por la libertad del pueblo español contra el imperialismo francés, y como se distinguió en la batalla de Bailén, fue ascendido al grado de teniente coronel. Sin embargo, cuando recibió la noticia de que en su país natal, Argentina, había llegado el momento de la independencia, decidió abandonar el servicio de España.

El escritor argentino Sarmiento llama la atención sobre el hecho sorprendente de que muchos de los revolucionarios sudamericanos —Miranda, Bolívar, San Martín, Belgrano, para no mencionar sino unos pocos— obtuvieron sus primeras nociones políticas en España. Por ese entonces vivían en España más de cuatrocientos sudamericanos, distribuidos entre el ejército, los colegios, las cortes y el comercio. La noticia del estallido de la revolución los llenó de júbilo, y en seguida comenzaron a organizarse en sociedades secretas. Existía una logia masónica con todas las formas y galas de la orden, llamada la Logia de Lautaro. Su influencia en la Revolución Argentina no puede ignorarse. Contrastando con Bolívar, que ridiculizaba a las logias aunque él mismo fuese masón, San Martín siempre había tomado en serio estas organizaciones y seguido meticulosamente sus instrucciones, aun cuando prefiriese mantener en secreto su calidad de miembro<sup>13</sup>. Decidió ir

---

13 M. F. Paz Soldán: *Historia del Perú independiente*, vol. I, p. 227, Lima, 1868. Blanco: *Doc.*, vol. III, p. 603. E. Gouchon: *La Masonería y la Inde-*

a América y viajó a la Argentina pasando por Inglaterra. Llegó a Buenos Aires en marzo de 1812 y ofreció sus servicios a la revolución.

Se encomendó a San Martín la organización de los granaderos a caballo, y entrenó a su ejército, soldado por soldado y oficial por oficial, con toda la paciencia, la disciplina y la tenacidad que había adquirido en los ejércitos europeos. La temprana victoria de sus tropas en San Lorenzo mostró la efectividad del entrenamiento militar completo<sup>14</sup>. Sin embargo San Martín no estaba interesado en victorias aisladas; sus ideas convergían en la liberación de Sudamérica, deseando dirigir las operaciones desde una base en Buenos Aires, a la manera de Bolívar desde Caracas. Había concebido el designio de una campaña continental, y llevó adelante sus planes frente a toda oposición. San Martín creyó que la clave de la libertad estaba en Perú. Para comprender la lógica de su pensamiento, solo se necesita comparar ciertos puntos salientes de la situación. Los españoles habían defendido débilmente las tierras del Plata a causa de su poca importancia económica. En una época en que no se realizaban transportes ultramarinos en gran escala, los productos de las pampas eran de escaso valor. Por su parte, los metales preciosos del Perú representaban ya por entonces un elemento vital de la economía española.

---

*pendencia de América*. Valparaíso, 1927, R. A. Zúñiga: *La Logia Lautaro y la Independencia*. Buenos Aires, 1922. B. Oviedo Martínez: "La Logia Lautariana". *B. de H.* Caracas, vol., XII. Núm. 48, p. 436.

14 C. Smith: *San Martín hasta el paso de los Andes*. Buenos Aires, 1928.



Comprendiendo cabalmente la situación, San Martín previó que España defendería el Perú hasta la muerte.

San Martín tuvo que cruzar los Andes para llegar al Perú; pero, como Bolívar, era un hombre con capacidad creadora y en un país donde la gente y sus costumbres le resultaban desconocidas, se dio a la tarea de crear un ejército digno de figurar incluso bajo la bandera de Wellington. Se estableció en la provincia de Mendoza y allí plantó un campamento permanente, el fuerte de Tucumán, donde esperaba estar en condiciones de resistir cualquier ataque de los españoles. El propósito de esta defensa era crear tras sus troneras un ejército capaz de llevar sus planes de una campaña continental. Su idea era tener “en Mendoza un ejército pequeño pero disciplinado, pasar a Chile para desembarazarse de los españoles y establecer un gobierno amistoso y estable que terminase con la anarquía”. Después quería enviar por mar su ejército al Perú para tomar Lima. “Tenga la seguridad —escribió a un amigo en 1814— de que la guerra no terminará hasta que estemos en Lima”. Él mismo cumplió con este programa y esta profecía<sup>15</sup>.

Impasible ante las intrigas y la inestabilidad del gobierno argentino, San Martín desarrolló sus planes. Lentamente fue acumulando material de guerra y día tras día estudiaba el terreno por el que iba a tratar de ascender a los Andes. La reacción española había triunfado en Chile, precisamente como lo había hecho con Morillo en la

---

15 Mitre: *San Martín*, vol. I, pp. 286-287. Mitre: *Historia de Belgrano*, volumen II, p. 288. París, 1887.

Nueva Granada, y San Martín admitió francamente que había que reconquistar Chile, pues no podía tolerarse a ningún enemigo de la libertad en las fronteras de Argentina. También se preparó psicológicamente para la liberación de Chile. Habían huido a su campamento numerosos emigrantes, divididos en distintos partidos, y entre ellos San Martín dispensó su especial favor a un hombre que impresionó fuertemente su temperamento autoritario: Bernardo O'Higgins, futuro jefe de Chile<sup>16</sup>.

San Martín mantuvo informado al gobierno de Buenos Aires acerca de sus planes y al mismo tiempo confundió a los españoles con rumores falsos. Cuando inició el cruce de los Andes a comienzos de 1817, los realistas se encontraban bajo la impresión de que había sido derrotado y destruido su ejército. En realidad comandaba una fuerza de ocho mil hombres. "Si los españoles no saben en qué dirección marchó, llegaré a Santiago hacia el 15 de febrero". Y el 15 de febrero San Martín entró en la capital de Chile.

Las dificultades que tuvo que salvar San Martín fueron quizá mayores aún que las que superó Bolívar en 1819, pero su ejército estaba mejor equipado que el del Libertador. Con todo, las montañas entre Argentina y Chile son más altas y más peligrosas que las del norte. El paso por el cual marchó San Martín está a cinco mil trescientos metros de altura. Además, dependía mucho más del gobierno que Bolívar. Ya había emprendido la marcha cuando

---

16 D. Barros Arana: *Historia general de Chile*, vol. XII, p. 5-154. Santiago, 1884-1902. B. O'Higgins: *Memorias*. Santiago, 1844. Galindo: *op. cit.*, pp. 374 y ss.

recibió una orden que prohibía la expedición; empero, San Martín decidió no hacer caso de este veto gubernamental, aunque sabía que haciéndolo arriesgaba su cabeza.

El 4 de febrero inició el descenso a los valles de Chile. Había necesitado veinte días para cruzar los Andes. Afortunadamente, los españoles habían desaprovechado la oportunidad de defender los pasos, y por último se expusieron a presentar batalla cuando todas las ventajas estaban del lado argentino. La batalla de Chacabuco proporcionó a San Martín un triunfo con el que había contado. Tres días después entró en Santiago de Chile.

En contraste con Bolívar, San Martín no pidió nada para él. Sus planes para el territorio conquistado implicaban una alianza de Estados independientes; no tenía interés en una Gran República Argentina. Chile se constituyó como Estado independiente y Bernardo O'Higgins, con el título de director supremo, asumió el cargo de Presidente<sup>17</sup>.

Sin embargo, el predominio español en Chile solo había sido sacudido, y no eliminado. El jefe monárquico había concentrado sus fuerzas en el sur y logrado infligir una grave derrota al ejército unido argentinochileno. Fue una batalla nocturna, que terminó con la desbandada general de los patriotas, incluso San Martín y O'Higgins. Pero una vez más los españoles no supieron rematar su victoria, y la demora otorgó a San Martín tiempo y lugar para resarcirse de sus pérdidas en hombres y material. A fines de

---

17 Mitre: *San Martín*, vol. 11, p. 20 y ss. A. García Bamba: *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, vol. I, p. 359 y ss. Madrid. 1916. D. Amunátegui: *El nacimiento de la República de Chile*, Santiago. 1930.

mes un nuevo ejército patriota se enfrentó a los españoles en las planicies de Maipú. Y allí, el 15 de mayo de 1818, se ganó para siempre la independencia de Chile<sup>18</sup>.

San Martín no se entregó al gozo teatral de su éxito. Después de Maipú, dijo simplemente: “Hemos ganado la acción por completo”. En comparación con Bolívar era reservado y poco afecto a lo dramático. Para San Martín solo había una virtud: la de ser sincero consigo mismo. “Serás lo que debes ser o si no, no serás nada”, fue el lema de su vida. No miró hacia atrás luego de libertar a Chile. Argentina estaba sufriendo una confusión derivada de los elementos del conflicto, pero a San Martín jamás se le pasó por la cabeza la idea de utilizar su ejército para poner fin a la anarquía de su país. Cuando le fallaron los funcionarios políticos, los generales de su ejército lo confirmaron en su mando. Fue este un paso atrevido, pues quienes lo aclamaban hoy día podían deponerlo el día de mañana. Pero San Martín no dudó e inició sin demora sus preparativos para viajar al Perú.

La liberación de Perú planteó a San Martín un nuevo problema, pues exigía la creación de una flota. Sin los buques de guerra patriotas, el poder español en el Pacífico seguiría siendo invencible. La organización de la flota chilena fue la tarea de *lord* Cochrane, que había entrado al servicio de Chile en 1819. Su coraje, su talento, su experiencia eran incuestionables. Por supuesto, no eran menos sus ilusiones de grandeza y su avaricia, que lo convirtieron

---

18 B. Vicuña MacKenna: *La batalla de Maipú*. Santiago, 1918.

pronto en uno de los hombres más odiados por la oficialidad de San Martín<sup>19</sup>.

El 23 de agosto de 1820 la flamante flota puso proa al Perú con 4.500 hombres. “Estamos en camino hacia el destino final de nuestra independencia”, escribió San Martín.

El momento parecía propicio. La revolución en España había conmovido hasta el espíritu monárquico de Lima. El virrey Pezuela había leído en público la Constitución liberal y expresado sus deseos de ponerse en contacto con los jefes del movimiento emancipador. La primera de las importantes conferencias en que españoles y argentinos discutieron el futuro de Sudamérica tuvo lugar en Miraflores en septiembre de 1820. San Martín exigió el reconocimiento de la independencia peruana y en compensación ofreció establecer una monarquía constitucional con un príncipe español como rey. Esta propuesta contaba con el apoyo de mucha gente, pero la idea de la independencia peruana repugnaba al virrey español. Por tanto, las negociaciones quedaron anuladas y se reanudaron las hostilidades<sup>20</sup>.

San Martín quería incitar a los habitantes de las tierras montañosas del Perú a rebelarse y, al mismo tiempo, sitiar Lima. De este modo el virrey, encontrándose huérfano de

---

19 Blanco: *Doc.*, vol. VI, pp. 746-748. Rivas Vicuña: Vol. IV, p. 382. G. Balmes: *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*. Santiago, 1888. The. Cochare: *Memorias*. París, 1863. E. Bunster: *Lord Cochare. Santiago, 1943*.

20 C. A. Villanueva: *Bolívar y San Martín*, p. 168. París, 1911. Larrazábal: volumen II, p. 156.

ayuda, podría convenir en capitular. El espíritu de rebelión se había extendido en el pueblo y afectado también al ejército real. Los oficiales españoles depusieron a Pezuela y bajo su propia responsabilidad designaron un nuevo virrey, el general La Serna.

La Serna transitó por el mismo camino que había conducido al fracaso a su antecesor. Allanó el terreno para negociar con San Martín, y una vez más este exigió que se proclamase la independencia del Perú y se estableciera un nuevo Consejo de Regencia que abriese camino para la monarquía. Las discusiones fueron prolongadas, pero no se llegó a decisión alguna<sup>21</sup>.

En el ínterin, La Serna había decidido explotar la resistencia a la independencia en el interior del país. Dejó una importante guarnición en la fortaleza del Callao y concentró su ejército en las sierras. De este modo fue entregada la capital y San Martín pudo entrar en Lima el 9 de julio de 1821. Por supuesto, el Perú no había sido liberado todavía, pues el ejército realista permanecía invicto en las sierras y podía descender a la costa en cualquier momento para echar al mar a los argentinos. Aun cuando San Martín logró otro triunfo en septiembre de 1821 con la rendición del Callao, su posición en el Perú seguía siendo traicionera. Las operaciones estaban paralizadas. Todo lo que pudo hacer fue balancear los platillos y establecer un equilibrio entre las fuerzas europeas y americanas.

---

21      Mitre: *San Martín*, vol. II, p. 652. Restrepo: *H. de R. C.*, K vol. III, p. 121.

Luego de su entrada en Lima, San Martín proclamó y garantizó la independencia del Perú. Asumió el título de Protector de la Libertad peruana, título acorde con su temperamento. Bolívar era el Libertador; San Martín, el Protector. Definió sus poderes en un estatuto provisional, al que siguió una serie de medidas liberales. No obstante, la situación política continuaba siendo precaria. San Martín no logró consolidar la independencia.

El Gabinete del Protector se integraba con argentinos, peruanos y colombianos, hombres que representaban los más variados propósitos e intereses. Cada uno tenía ideas y opiniones distintas sobre el futuro de un Perú independiente<sup>22</sup>. Sin embargo, fue el programa constitucional de San Martín el que encontró la mayor oposición. El Consejo de Estado había votado el envío de una delegación a Europa para persuadir a un príncipe alemán a aceptar la corona imperial americana, pero esta decisión estaba lejos de agradar a los peruanos. Quizás estos no tuviesen una seguridad total sobre qué querían, pero sí la certeza de que no era una monarquía<sup>23</sup>.

Naturalmente, el odio político, una vez encendido, envolvió la persona de San Martín. Corrieron rumores de que quería la corona para sí mismo. Esta sospecha era tan injusta como infundada, pero contribuyó a minar su prestigio. Hasta los compañeros de armas de San Martín creían que sería necesario matarlo o deponerlo para poner

---

22 Paz Soldán: Vol. I, pp. 199-204.

23 Mitre: *San Martín*, vol. III, p. 138 y ss. E. de la Cruz: "La entrevista de Guayaquil", en *Simón Bolívar*, p. 268 y ss. Madrid, 1914.

fin a la guerra con España. Sus conclusiones cristalizaron en forma de conspiración, pero aunque San Martín se enteró del complot desechó toda idea de castigar a los traidores. No obstante su corazón quedó lacerado por tanta ingratitud, desengaño y traición<sup>24</sup>.

Mientras tanto los oficiales de alto rango perdían confianza en su jefe y el ejército se desintegraba. La fiebre amarilla y las deserciones diezmaban las filas y el clima físico y moral del Perú se combinaba para acabar con toda disciplina. Lima era una ciudad sensual y lujuriosa y ningún ejército sudamericano había resistido sus tentaciones. El Protector comprendió demasiado bien lo que pasaba a su alrededor, pero careció de decisión para imponer el orden mediante medidas enérgicas. Así, a comienzos de 1822 encontramos a San Martín en una encrucijada. La liberación del Perú era imposible sin ayuda exterior, y la ayuda del exterior implicaba la ayuda de Bolívar. San Martín sentía que tenía derecho a contar con la colaboración del Libertador, pues él mismo había ayudado a Colombia. Ya en enero de 1822 había intentado encontrarse con Bolívar en la costa del Ecuador, pero había vuelto atrás al enterarse que Bolívar estaba en el interior. Ahora en julio de 1822, parecía que el momento había llegado. Supuso que Bolívar estaba todavía en Quito y decidió ir allí a visitarlo, después de haber anexado, en apariencia inadvertidamente, Guayaquil al Perú<sup>25</sup>. En caso de poder dar este

---

24 Paz Soldán: Vol. I. p. 225.

25 O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, p. 335, C. Destruge: *La entrevista de Bolívar y San Martín*, pp. 44-45, Guayaquil, 1918, cree que San Martín ya tenía



golpe y persuadir asimismo a Bolívar a ayudarlo, habría matado dos pájaros de un tiro y restaurado así su prestigio. San Martín admitió francamente las ventajas que esperaba obtener de su reunión con Bolívar. “Me encontraré con el Libertador de Colombia. Los intereses comunes de Perú y Colombia, la terminación efectiva de la guerra que sostenemos y la estabilidad del ordenamiento político a la que América se aproxima con rapidez, hace necesaria nuestra reunión. La sucesión de los acontecimientos nos ha hecho responsables, en gran medida, de esta noble empresa”. En español llano, estas palabras significaban que San Martín quería discutir sobre Guayaquil, la guerra en el Perú y los problemas de gobierno del Estado. Se veía a sí mismo y a su rival como árbitros de Sudamérica<sup>26</sup>.

Sin embargo, por entonces los dos hombres eran diametralmente distintos, y San Martín propició el desastre al no llegar a darse cuenta de esto. Bolívar era el Libertador de tres naciones y el Presidente de la gran Colombia. Además, ya no estaba en Quito, sino en la costa. Había resuelto el problema de Guayaquil como Alejandro había cortado el nudo gordiano. ¿Cómo podía creer San Martín —que no tenía raíces en la Argentina, que no podía derrotar a los españoles en Perú, cuyos ejércitos habían empezado a desintegrarse— que estaba en condiciones de tratar con Bolívar de igual a igual? Si San Martín hubiese sido un estadista, hubiese sabido que se dirigía a Guayaquil sin un solo triunfo en las manos. Pero no era un político;

---

la vista este plan en su primer viaje.

26 Mitre: *San Martín*, vol. III, p. 610.

era un militar; y veía los problemas políticos con ojos de profano. Así llegó a Guayaquil, sin plan ni preparación, y sin tener una idea exacta de lo que quería hacer.

En cuanto tuvo conocimiento de la llegada del Protector, Bolívar envió a bordo a uno de sus ayudantes para darle la bienvenida, y el 26 de julio San Martín puso sus plantas sobre suelo ecuatoriano<sup>27</sup>. Todos los que se oponían al gobierno de Bolívar en Guayaquil aprovecharon esta oportunidad para vitorear a San Martín. Fue escoltado hasta la casa que Bolívar había amueblado y donde lo esperaba el Libertador. El Protector y el Libertador se abrazaron por primera y última vez en sus vidas. Después de las presentaciones y recepciones, las delegaciones se retiraron, las damas partieron, los funcionarios retornaron a sus puestos y Bolívar y San Martín quedaron solos, si exceptuamos a un secretario. Tras las puertas cerradas comenzaron las memorables discusiones de las que dependía el destino de la América<sup>28</sup>. El programa de San

---

27 La conferencia de Guayaquil es probablemente el tema más discutido de la independencia sudamericana. La literatura polémica referente a este problema constituye un verdadero océano de pasión y de tinta. Puede encontrarse una buena exposición con la que coincidimos en muchos puntos, en Lecuna: "Cuestión de Guayaquil". *B. de H.* Caracas, vol. XIX, núm. 73, p. 113. H. De. Bargagelata: *Bolívar y San Martín*, París, 1911. J. E. Guastavino: *San Martín y Bolívar. Buenos Aires*, 1913. La contribución más sorprendente fue de E. Mármol: *La entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, 1940, que pretendió ofrecer algunas cartas inéditas de Bolívar, que Lecuna demostró más tarde que eran falsificadas. D. Carbonell: *Escuelas de Historia en América*, p. 224 y ss.

28 Ni J. Espejo: *San Martín y Bolívar*, Buenos Aires, 1873, ni T. C. Mosquera: *Memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar*. Parte I. Nueva York, 1853., vol. XII, p. 753, son muy dignos de confianza. Mosquera asegura que presenció las conferencias entre Bolívar y San Martín, lo

Martín comprendía cuatro puntos: primero, el problema de Guayaquil; segundo, su proyectada demanda de que el presidente colombiano resarciese las pérdidas sufridas por la división argentina durante la campaña contra Quito; tercero, su requerimiento de que Bolívar prometiese formalmente el envío de refuerzos para la liberación de Perú, y cuarto, su designio de persuadir al Libertador para que aceptase sus planes monárquicos<sup>29</sup>.

Bolívar no podía sino hacer conjeturas sobre las intenciones que llevaba el argentino al ir a Guayaquil. Pero de todos modos, no tenía nada que temer, pues su propia posición era segura. San Martín había abrigado la esperanza de anticiparse a Bolívar en la cuestión de Guayaquil, pero quedó indefenso frente al hecho consumado de la dictadura de Bolívar. Por lo tanto, declaró que no deseaba discutir más sobre el particular y que no tenía intenciones de mezclarse en cuestiones que no fuesen de su incumbencia. Cualquier confusión al respecto concernía a los contradictorios habitantes de Guayaquil. En una palabra: comprendió cuán inútil era mencionar siquiera el deseo de anexión del Perú. Bolívar adoptó el papel de demócrata sincero, explicando a San Martín que deseaba asegurarle sus deseos de una consulta popular, pero

---

cual muy poco probable. Sin embargo, creemos posible que el propio Bolívar haya contado a Mosquera algunos de los hechos que narra, pues ciertas expresiones llevan el sello del verdadero espíritu bolivariano. Véase también, Mitre: *San Martín*, vol. III, p. 622. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, p. 227.

29 Nuestra fuente principal es el informe escrito por el secretario de Bolívar, general Pérez. *Cartas*: Vol. III, p. 61. J.M. Goenaga: *La entrevista Guayaquil*. Bogotá, 1911, Cruz: *op. cit.*, p. 262.

adelantándole que la votación favorecería con certeza a Colombia<sup>30</sup>. La discusión derivó entonces a cuestiones militares. San Martín pidió a Bolívar que reparase las pérdidas sufridas por sus tropas en Ecuador y le solicitó un cuerpo expedicionario para liberar al Perú. Bolívar se mostró de acuerdo, prometiendo el envío de una división colombiana de cuatro batallones. En total ofreció poner a disposición de San Martín ochocientos hombres. El Protector quedó muy desilusionado. Declaró que el Perú no podía ser liberado con ayuda tan magra y sugirió que si Bolívar no quería confiarle sus tropas colombianas, Bolívar en persona podía ir al Perú a dar la última batalla por la independencia. Dijo que solo podría obtenerse la victoria si todo el ejército colombiano iba al Perú.

Bolívar rechazó esta demanda, escudándose en el pretexto de que como presidente no podía dejar el país sin el permiso del Congreso. Claro que esto solo era una excusa, pues el Congreso le habría concedido ese permiso. Pero Bolívar tenía otras razones que no reveló a San Martín. En ese momento no podía sacar todas las tropas de Colombia. Páez estaba luchando aún por la conquista de Puerto Cabello; Pasto seguía desafiando a sus conquistadores y Guayaquil era una caldera de rebeldía. Si Bolívar se hubiese lanzado impulsivamente a la aventura peruana, hubiese puesto en peligro la unidad de Colombia, ganada con dificultad. Bolívar no podía poner su ejército a disposición de San Martín, por la simple razón de que lo

---

30 *Cartas*: Vol. III, p. 61, núm. 1 y 2.

necesitaba para sí. San Martín no podía conocer a fondo las razones de esta negativa, que le pareció inspirada únicamente por la ambición personal. Creyó que Bolívar estaba obsesionado por el ansia de poder y que quería el mando para usufructuar la fama de la liberación. San Martín tenía un carácter objetivo y la fama significaba poco para él. Hizo una oferta generosa al Libertador, al declarar que estaba dispuesto a servir con su ejército bajo las órdenes de Bolívar<sup>31</sup>. Cuando Bolívar rechazó su oferta, San Martín creyó que no había logrado convencer a Bolívar de su sinceridad. Sacó en conclusión que su propia persona se interponía en el camino de la participación activa de Colombia en la liberación del Perú. Fue esta una amarga deducción, y tuvo que recurrir a todo su autodomínio como soldado para no mostrar su consternación en el primer momento. Pero San Martín interpretó mal las intenciones de Bolívar. Hay que admitir que el Libertador era egoísta y que quería la fama para sí, pero no eran

---

31 Véase la carta de San Martín a Bolívar, del 29 de agosto de 1822. Mitre: *San Martín*, vol. III, pp. 644-645. Esta carta fue publicada por primera vez en G. Lafond de Lurcy: *Voyages dans les deux Amériques*, vol. II, p. 138, 1844. Lecuna: "En defensa de Bolívar" (*B. de H. Caracas*, vol. XXIII, núm. 91), declara que es falsa. Sin embargo, Sarmiento: *op. cit.*, vol. II, p. 371, afirma que leyó la carta durante una sesión del Institut de France a la que asistió San Martín. En otras palabras, San Martín confirmó públicamente la autenticidad de la carta. Otra carta de San Martín a Miller, Goenaga: *op. cit.*, pp. 18-19 confirma asimismo la carta del 29 de agosto de 1822. Por supuesto ambos documentos solo proporcionan la opinión de San Martín, aunque las ideas de Bolívar se revelan en el informe secreto y en sus cartas a Sucre y Santander. Me propongo abordar todo el problema en una monografía. J. Arocha Moreno: *El Libertador y el general San Martín*. San José, 1941.

estos sus únicos motivos. La subordinación de San Martín al mando de Bolívar era tan ilógica como imposible. Aunque el oficial más viejo y profesional se sujetase a las instrucciones del más joven, su ejército no se mostraría inclinado a obedecer, y en cada crisis Bolívar habría estado temiendo un levantamiento de las tropas argentinas y la proclamación de San Martín como jefe.

No obstante, el Protector continuó asegurando sus buenas intenciones, diciendo que Bolívar podía solicitar lo que quisiese del Perú, incluso un acuerdo amistoso sobre la cuestión de límites. Bolívar se lo agradeció, pero creyó más prudente no pedir a San Martín promesas formales. Sabía que el poder argentino había sido minado y que en Lima se esperaba un terremoto político<sup>32</sup>.

San Martín no ocultó su desencanto. Se quejó del peso de la responsabilidad y, sobre todo, de sus compañeros de armas argentinos que lo habían abandonado en Lima. Deseaba retirarse a Mendoza y aseguró a Bolívar que antes de su partida de Lima, había dejado una nota lacrada que contenía su renuncia del Protectorado. Señaló que no aceptaría la reelección como Protector, y que dejaría el mando sin esperar el fin de la guerra.

San Martín tenía una ambición: la fundación del futuro gobierno, y expuso su creencia de que la única solución para el Estado era su propuesta de llamar a un príncipe

---

32 *Cartas*: Vol. III, p. 62, núm. 5. Mosquera asegura que Bolívar informó a San Martín de la próxima revolución en Lima, lo que es casi imposible. Teniendo en cuenta la gran distancia que separa Lima de Guayaquil y el escaso tráfico marítimo, no podemos suponer que Bolívar estuviese mejor informado de la situación peruana que San Martín.

europeo para ceñirle la corona. En este punto la discusión se hizo violenta y apasionada. Bolívar dijo francamente que no quería la monarquía para Colombia ni para América. Los príncipes europeos constituirían un elemento extraño en medio del pueblo americano. Sin embargo, quería asegurar una cierta permanencia y, en consecuencia, sugirió que la presidencia fuese vitalicia y el Senado hereditario. Sabía que no podía implantar sobre el continente un sistema anticuado como la monarquía. No deseaba, como dijo Waldo Frank, librar a América de ninguno de los dolores del parto, y no abrigaba temores, pues comprendía que estaba por nacer una nueva raza. “No debemos trabar el progreso de la humanidad con medidas extrañas al suelo virgen de América”. Estaba resuelto —así lo dijo— a resistir la importación de príncipes<sup>33</sup>.

San Martín trató de aclarar que el gobierno de un príncipe extranjero solo era una idea para el futuro, pero Bolívar señaló que ese plan sería indeseable en cualquier momento. Sospechó que San Martín hacía proyectos sobre la corona, pero en esto juzgó en forma totalmente errónea a San Martín, que carecía de ambiciones personales. Le pesaban incluso las obligaciones del mando y defendió la idea de la monarquía americana porque la consideraba una solución ideal. Ni siquiera el problema de la forma de gobierno acercó más a estos hombres. El único punto en

---

33 Mosquera: *op. cit. Cartas*: Vol. III, pp. 61-62. “Diré que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia, y si el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Este último yo creo que es pro forma”. Véase Goenaga: *op. cit.*, pp. 18-19.

que estuvieron de acuerdo fue la Federación de Estados Sudamericanos, quizá porque ello flotaba en el lejano futuro. San Martín propuso una unión de Colombia y Perú, en la esperanza de reforzar su autoridad. Esas fueron las cuestiones que discutieron el Libertador y el Protector en sus prolongadas reuniones del 26 y 27 de julio de 1822.

La noche del 27 de julio se ofreció un baile en honor de San Martín. Bolívar, como de costumbre en festejos de esta índole, se divirtió a fondo. San Martín permaneció frío y apartado y pareció estar deprimido. A la una de la madrugada llamó a sus ayudantes y les dijo que quería irse porque no podía soportar el ruido. Su equipaje se encontraba ya a bordo y, sin ser observado, abandonó el salón, fue a su barco y salió del puerto. A la mañana siguiente se levantó temprano, sumergido aún en su humor pensativo. Después de pasearse por la cubierta por largo rato, dijo a su estado mayor: “El Libertador se nos ha anticipado”, y más tarde: “El Libertador no es el hombre que imaginamos”<sup>34</sup>. Eran estas palabras de derrota, y San Martín había resultado verdaderamente derrotado, no tanto por Bolívar como por las circunstancias. Durante su viaje a Guayaquil, había estallado la revolución en Lima, dirigida contra uno de sus más íntimos colaboradores, Bernardo Monteagudo. El marqués de Torre Tagle, a quien San Martín había nombrado autoridad suprema, había sacrificado a Monteagudo para salvarse a sí mismo. Tal era la situación que saludó a San Martín

---

34      Mitre: *San Martín*, vol. III, pp. 623, 649 y ss. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, p. 482.



a su regreso a Lima el 20 de agosto. No se hizo ilusiones. Comprendió que los peruanos habían dejado de mostrarse amistosos hacia él, que había abandonado el gobierno en manos de hombres débiles e incompetentes y que habían indispuerto al ejército. Las esperanzas que había cifrado en su encuentro con Bolívar lo habían traicionado. Comprendió que ya no se lo necesitaba más y que su presencia podría incluso demorar el advenimiento de la independencia, de modo que decidió prestar a América un último servicio. Renunció y anunció su decisión de dejar el Perú. Pudo haber luchado para mantener su poder, pero esa idea jamás se le ocurrió. Se despidió de América en silencio; no acompañaron su partida palabras resonantes, fuesen de amargura o de autoelogio. “Estoy cansado de que me llamen tirano..., de que la gente diga que quiero ser rey, emperador e incluso el demonio”<sup>35</sup>. San Martín fue primero a Buenos Aires y después a Bruselas. En una ocasión posterior, en 1829, recibió nuevamente la oferta de comandar el ejército argentino, pero resistió la tentación de aceptar. Retirado y modesto, vivió en Boulogne en exilio voluntario hasta su muerte en 1850, como gran soldado y gran personalidad: taciturno, orgulloso, estoico y desinteresado.

Uno se pregunta si su renuncia fue consecuencia de su encuentro con Bolívar. ¿Era cierto que no había lugar suficiente en Sudamérica para ambos hombres? Amigos íntimos de los dos jefes dijeron que ninguno de ellos quedó

---

35      García del Real: *op. cit.*, p. 242.

satisfecho con las conferencias; ambos mantuvieron ante los ojos del mundo un impenetrable silencio acerca de todo cuanto había ocurrido en su transcurso<sup>36</sup>. Bolívar, que en otras ocasiones prestó tanta atención al poder de la opinión pública, dejó pasar esta oportunidad de dramatizar su reunión con San Martín, envió un informe secreto a su ministro de Relaciones Exteriores en Bogotá y despachó unas cuantas cartas a sus colaboradores más próximos, como Santander y Sucre, sobre el contenido y el alcance de las discusiones. San Martín dijo públicamente que había tenido la dicha de abrazar al Libertador de Colombia. Sus verdaderos sentimientos eran de naturaleza distinta<sup>37</sup>. El soldado taciturno y rígido y el visionario tropical jamás apreciaron el carácter real el uno del otro. Bolívar habló de San Martín sugiriendo desdén. Lo consideraba un general afortunado, y no un gran hombre, creyendo que su reputación se debía más a la concatenación de los hechos que al mérito real. “Su carácter me parece muy marcial, activo, variable y enérgico —escribió a Santander— tiene ideas semejantes a las vuestras, pero no tiene capacidad suficiente para captar lo sublime de las ideas o de los hechos”<sup>38</sup>. Todo el incidente se borró de la conciencia de Bolívar, y nunca habló de su reunión con San Martín a ninguno de sus confidentes en años posteriores.

---

36 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, p. 228.

37 Larrazábal: Vol. II, p. 161.

38 *Cartas*: Vol. III, pp. 59 y 103.

Naturalmente, San Martín sufrió una profunda desilusión. Halló en Bolívar extraordinaria superficialidad e inconsistencia de principios y una vanidad pueril. Vio a un hombre cuya voluntad de poder era la pasión dominante<sup>39</sup>. San Martín trató de restar importancia a la conferencia, dejando traslucir que no se había discutido nada más que la ayuda de Colombia, aunque sus propias cartas lo contradicen. En Guayaquil se decidió el destino de estos dos hombres y con él, el futuro de América. Las discusiones en Guayaquil terminaron con el triunfo de las demandas colombianas sobre las de Argentina y Chile. Sin embargo la hegemonía colombiana no duró mucho. Bolívar, que soñaba con ir a La Plata, el Amazonas y Cuba, solo llegó hasta Bolivia. Quizá fue un error la idea misma de la hegemonía. Hoy, después de ciento veinticinco años, los pueblos de Sudamérica viven en una atmósfera de reconocimiento y respeto mutuos. La política de buena vecindad y la solidaridad panamericana acabaron con el deseo de hegemonía.

En un aspecto —en el de su defensa de la idea republicana frente a los sueños monárquicos de San Martín— la historia aprobó incondicionalmente a Bolívar. Pensando en los deseos de San Martín, Bolívar escribió: “Según Voltaire, el primer rey fue un soldado feliz, a quien sin duda identificaba con el buen Nemrod. Mucho me temo que los cuatro palos carmesí que llamamos trono cuesten más sangre que lágrimas y originen más intranquilidad

---

39      Mitre: *San Martín*, vol. III, p. 641.

que paz. Algunos creen que es fácil llevar una corona y que todos se inclinarán ante ella. Me parece que la época de las monarquías ha pasado y que los tronos jamás volverán a ponerse de moda, a menos que la corrupción de la humanidad ahogue el amor a la libertad. Me dirá que hay tronos y altares por todo el mundo. Pero yo le digo que estos vetustos monumentos ya están amenazados con la pólvora de las ideas modernas”<sup>40</sup>. En realidad, la monarquía no podía ganar terreno en América Latina. Los contados intentos que se hicieron durante el siglo XIX para trasplantarla al mundo occidental terminaron en un mar de sangre y lágrimas.

Bolívar no estaba satisfecho con San Martín, pero estaba muy contento de sí mismo. “Gracias a Dios... he realizado algunas cosas importantes con mucha suerte y alguna fama... Primero, la libertad del Sur; segundo, la anexión a Colombia de Guayaquil, Quito y otras provincias; tercero, la amistad de San Martín y del Perú. Ahora todo lo que necesito es poner a salvo mi tesoro y esconderlo en una caverna profunda, para que nadie pueda robarlo. En otras palabras, todo lo que hasta ahora necesito es retirarme y morir. Por Dios, no quiero nada más. Es la primera vez que no me queda nada por desear y la primera vez que me encuentro satisfecho de mi suerte”<sup>41</sup>. Era feliz y gozaba de su felicidad.

Antes que nada deseaba descansar y paladear su satisfacción. Previo que tendría que liberar el Perú, pero prefirió

---

40 *Cartas*: Vol. III, pp. 97-98, del 26 de septiembre de 1822.

41 *Cartas*: Vol. III, p. 60.

postergar esta empresa. No había tomado en serio la afirmación de San Martín de que estaba cansado del mando y conjeturó que lo llamarían cuando el Protector sufriese una nueva derrota. Recibió con frialdad la noticia del retiro de San Martín. “En resumen..., Perú ha perdido un buen general y un benefactor”<sup>42</sup>. Estas fueron las palabras finales sobre el tema de San Martín.

No vio ninguna razón para que la ocasión fuese proclamada como una victoria, y mucho menos para derramar lágrimas. El genio es egocéntrico.

Ahora el camino al Perú estaba abierto ante Bolívar. Únicamente la presciencia militar y la calidad de estadista podían determinar cuándo y dónde avanzaría por él. Bolívar planeó liberar Perú con un gran ejército, pero no podía permitirse improvisar en esta última campaña. Quería entrar en escena solo en el caso de que los hombres a quienes San Martín dejara atrás no pudiesen dominar la situación. Aseguró que deseaba ayudar, pero actuó refrenándose, sintiendo que ellos debían tratar de probar su suerte. Como después de Carabobo y Boyacá, no estaba dispuesto a embarcarse en una acción apresurada, pues sabía que cuanto más alto trepara, más bajo podía caer. Esta convicción retardó sus pasos<sup>43</sup>.

Por entonces la situación internacional era prometedora. Los Estados Unidos acababan de reconocer la

---

42 *Cartas*: Vol. III, p. 103.

43 *Cartas*: Vol. III, p. 110. Véase también el importante documento en O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, p. 370, en que Bolívar ofreció enviar cuatro mil hombres al gobierno peruano, aparte de los ochocientos que ya habían partido.

independencia de Colombia. La doctrina Monroe apartó al hemisferio occidental de la esfera de la influencia europea, y España protestó en vano contra sus restricciones. La época del imperialismo colonial en América había terminado. La Santa Alianza había quitado toda posibilidad de intervención, e Inglaterra que tenía buenas razones para temer que fuese superada por los Estados Unidos, consideró por último el reconocimiento de hecho de los Estados sudamericanos. El reconocimiento legal estaba destinado a seguirlo<sup>44</sup>. Conociendo esta situación, Bolívar reforzó su determinación de tomarse tiempo. Día y noche pensó en los medios con qué realizar la liberación del Perú, pero no se permitió precipitarse en cuestiones de las que podría verse obligado a retirarse. En extensas cartas Bolívar dio instrucciones a Santander para que tuviese listos dinero, armas y hombres, y mientras tanto trabajó incansablemente en la incorporación del Sur, que todavía no había sido terminada totalmente. Después de la partida de San Martín, Guayaquil había votado la aneación; pero, según las propias palabras de Bolívar, la región parecía el Chimborazo. Era fría por fuera, pero por dentro ardía con el fuego de la rebelión. Las dificultades eran tremendas y el mismo Bolívar se vio obligado a tomar en sus manos la organización. “En cuatro días —escribió— no podemos conquistar los corazones de los hombres, y

---

44 Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pp. 279, 320, 328, 335, 363 y 376. O’Leary: *Doc.*, volumen XIX, p. 256. Webster: *op. cit.*, vol. I, pp. 14-15. W.R. Manning: *Diplomatic Correspondence of the United States concerning the Independence of the Latin American Nations*. Nueva York, 1925. W. S. Robertson: *Hispanic American Relations with the United States*. Nueva York, 1923.

solo haciéndolo puede obtenerse una base sólida para el poder”<sup>45</sup>. Santander suplicaba ahora que Bolívar volviese a Bogotá, y al mismo tiempo sus compatriotas lo llamaron a Caracas. Bolívar explicó a estos últimos su nueva y respetable posición con estas palabras: “Sé mejor que ningún otro qué obligaciones puede exigir el suelo natal de sus hijos. Puede creerme, una cruel incertidumbre me martiriza constantemente... Un instinto profético me acerca a las calamidades distantes e inciertas, que huelo con la amargura del hijo que ve desgarradas las extrañas de su madre... Pero entienda esto..., ahora no solo pertenezco a la familia colombiana, ni siquiera a la de Bolívar. Tampoco pertenezco a Caracas. Me debo a toda la nación... La gente del sur tiene a sus espaldas a un Perú que espera tentarla, y existe todavía el ejército realista que querría conquistarla por la fuerza”. Bolívar no podía abandonar al Sur sin engañarse a sí mismo<sup>46</sup>.

Bolívar no fue tan definitivo en su respuesta a Santander. Este lo había llamado a Bogotá para que pudiese utilizar su influencia ante el Congreso, y Bolívar no subestimó la importancia de esta citación. Las razones esgrimidas por Santander eran buenas, pero eran mejores las que tenía Bolívar para permanecer en el Sur. De ningún modo deseaba asumir la responsabilidad de la presidencia, así que repitió todos los argumentos que ya había expuesto en Cúcuta. Deseaba luchar contra los españoles y no contra sus compatriotas. Cuando Santander le señaló

---

45 *Cartas*: Vol. III, p. 66.

46 *Cartas*: Vol. III, p. 91.

que desde ese momento en adelante todo tendría que hacerse según el texto de la Constitución, Bolívar se mostró indignado. “No seguiré en la presidencia si no se me reconocen las facultades extraordinarias que el Congreso me ha concedido. Tengo el convencimiento de que Colombia solo puede mantenerse en orden y bienestar mediante el poder absoluto. Colombia necesita un ejército de ocupación que la mantenga libre”<sup>47</sup>. Estas eran palabras peligrosas; palabras que Bolívar pudo haber vacilado en pronunciar tras madura reflexión. Pero no quería perder los frutos de su labor en la desunión o en la disensión ni por la falta de patriotismo de los parlamentarios.

Cuando Bolívar se enteró de ciertas opiniones tendientes a modificar la Constitución, las tomó como un desafío personal. “La Constitución de Colombia —afirmó— fue decretada sacrosanta por un período de diez años. No será modificada impunemente mientras viva, ni mientras el ejército de los libertadores esté bajo mi mando”. Fue incluso más explícito en una carta oficial a Santander: “Vuestra Excelencia sabe, como sabe toda Colombia, que he dedicado mi vida a la seguridad, la libertad y la felicidad de Colombia. Mi política fue siempre estabilidad, fuerza y libertad verdadera... Vuestra Excelencia sabe que he jurado la Constitución y que me he constituido en su fiador. La Constitución es inalterable durante diez años... La soberanía del pueblo no es completamente ilimitada, pues la justicia es su fundamento y la máxima eficacia su

---

47 *Cartas*: Vol. III, p. 121.



propósito... ¿Cómo pueden creerse los representantes del pueblo habilitados para cambiar constantemente la estructura social?”<sup>48</sup>. Él mismo, agregaba, no reconocería ninguna ley que fuese contra estos principios jurados. Preferiría abandonar Colombia antes que condonar la destrucción de las hazañas del ejército de liberación.

Bajo el golpe de esta apelación, las voces que habían entonado el canto de sirena de la Colombia federada se llamaron a silencio. Hay que considerar el peso total de todos los obstáculos para comprender la índole de la decisión en Guayaquil. Bolívar habría sido irresponsable y negligente en caso de abandonar su país cuando estaba amenazado por las disputas y las disensiones. “Este país ofrece mil ventajas para el futuro. Pero es como una virgen que, perdida su pureza y virginidad, no puede reconquistarlas jamás”<sup>49</sup>.

La demora era así el imperativo del momento. La breve felicidad saboreada en Guayaquil había desaparecido a fines del año de 1822. “Créame que pocas veces sentí tanta ansiedad como ahora. Me paso noches sin dormir, tratando de adivinar dónde puede naufragar la nave de Colombia, cuyo timón empuño. Me aflige mucho que nuestro trabajo, después de tanto esfuerzo, se nos vaya de las manos”<sup>50</sup>. Bolívar no podía admitir que su trabajo no sirviese para nada; que él, como San Martín, pudiese ser

---

48 *Proclamas*: p. 277, del 31 de diciembre de 1822. *Cartas*: Vol. III, p. 130. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, p. 317.

49 *Cartas*: Vol. III, p. 119.

50 *Cartas*: Vol. III, p. 109.

calificado de buen soldado, pero de pobre estadística. Se necesitaba justicia y vigor. Como un rey medieval, viajó de una provincia a otra..., de Guayaquil a Cuenca, de Cuenca a Quito, de Quito a Pasto.

Por último, también Bolívar comenzó a sentir los efectos de doce años de guerra. Había encanecido y sentía ya la fatiga del esfuerzo constante. Sus sentidos perdieron algo de su agudeza. Pero concedió poca importancia a su propia condición. Estaba dispuesto a agotar sus energías, dar todo de sí, en procura de la ambición de su vida. En consecuencia, estableció sus cuarteles en el Sur y esperó el momento en que el destino lo llamase de nuevo.



# La Conferencia de Guayaquil

Indalecio Liévano Aguirre

*El Hemisferio del Sur necesita de un hombre de peso  
y que tenga muchos medios a su disposición.*

Simón Bolívar

Seguido de 1.500 hombres llegó Bolívar a Guayaquil el 11 de julio de 1822, y entró a la ciudad bajo arcos triunfales; el pueblo, que veía en él un símbolo de la revolución democrática de América, le aclamó con emoción auténtica, mientras la Junta de Gobierno guardaba actitud de equívoca reserva y el patriciado de Guayaquil, más cercano del “monarquismo” de San Martín, disimulaba difícilmente su hostilidad por las fuerzas colombianas, en las cuales presentía una amenaza para sus privilegios. Estas circunstancias llevaron al Libertador, el 13 de julio, a notificar a la Junta de Gobierno “que acoge bajo la protección de la República de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose del mando político y militar de esta ciudad y su provincia”.

Grande fue, por tanto, la sorpresa del general San Martín, cuando al acercarse a Guayaquil y anclar en las cercanías de la isla de Puna, llegaron los edecanes de Bolívar, enviados por él cuando conoció su proximidad, a invitarle a desembarcar en *territorio colombiano*. “El Libertador nos

ha ganado por la mano”, le diría en carta confidencial a Guido.

Disimulado su despecho, manifestó a los emisarios de Bolívar su gratitud por la invitación y les anunció que al día siguiente descendería a tierra; además, puso especial énfasis al rogarles comunicaran a Bolívar sus grandes deseos de conocer personalmente al héroe de Colombia.

Llega así la grande y decisiva hora de América. Las dos máximas expresiones humanas, nacidas en el período convulsionado de la revolución, van a encontrarse en la ciudad de Guayaquil para decidir la futura organización política del Nuevo Mundo. San Martín, temperamento frío, modelado por la educación europea, representaba allí las tendencias de la vieja diplomacia, inclinada a enfrentarse al descontento de los pueblos con el simple juego de alianzas familiares a la europea; Bolívar, verdadero hombre de trópico —con todos sus defectos y grandezas—, simbolizaba las fuerzas primitivas y contradictorias que en el ardiente suelo de América luchaban por engendrar un nuevo tipo de sociedad. El primero, temeroso de las convulsiones sociales que entonces aquejaban a las comunidades del Nuevo Mundo, buscaba formas de gobierno capaces de facilitar la independencia del continente sin tocar las tradicionales barreras que limitaban la actividad de sus clases sociales desde la colonia; y Bolívar, tras de alcanzar sus mejores victorias contra los españoles, modificando el equilibrio de esas clases en el norte del continente, significaba la independencia de América a través

de una vasta transformación, destinada a dar nuevas bases sociales y políticas a la libertad del Nuevo Mundo.

Desde las primeras horas de la mañana del 26 de julio, la rada fue engalanada con banderas de Colombia, el Perú y la Argentina, y la guardia del Libertador formó calle de honor desde el muelle hasta la casa destinada por Bolívar para alojamiento de su ilustre visitante. Hacia las diez, el toque de los clarines y las bandas de guerra anunciaron la llegada del Libertador al muelle y poco después se desprendió de la goleta *Macedonia* la lancha que conducía a San Martín a tierra. La trascendencia histórica del encuentro de los dos grandes caudillos de la emancipación americana tenía en aquellos momentos su mejor expresión en la tensa ansiedad de los miles de espectadores que miraban alternativamente al sitio donde esperaba el Libertador de Colombia, rodeado de sus oficiales, y a la lancha que se acercaba rápidamente y en la cual se destacaba la figura vigorosa del Protector del Perú.

San Martín —dice Sarmiento— era de alta talla y marcial en extremo su talante, y tan a prueba de fatiga su naturaleza, que para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes y el día en los tórridos arenales del Perú, tenía el mismo uniforme, severa y minuciosamente prendido y exento de todo adorno y aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta férrea, abrigábase un alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia

astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, invitarlos a su placer, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades y hacerlas concurrir discretamente a sus fines. No fue caudillo popular: era realmente un general. Habíase educado en Europa y llegó a América, donde el Gobierno era revolucionario y podía formar a sus anchas un ejército europeo, disciplinado, y dar batallas regulares, según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla como la de Italia por Napoleón; pero si San Martín hubiese tenido que encabezar “montoneras”, ser vencido aquí, para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa (...).

Al desembarcar San Martín, el toque de las dianas de guerra y las salvas de saludo de la artillería del puerto se mezclaron con las aclamaciones de la multitud, que alcanzaron su punto culminante en el momento en que Bolívar se adelantó a saludar a su ilustre huésped y le abrazó.

Inmediatamente después, los dos se dirigieron a la residencia destinada al general argentino, en la cual recibió la visita protocolaria de las autoridades locales y de los jefes del ejército colombiano. Durante la ceremonia, la conversación versó sobre temas generales, y tanto el Presidente de Colombia como el Protector del Perú se abstuvieron de tocar los delicados tópicos que motivaban su reunión en Guayaquil. Hacia el mediodía, Bolívar se despidió de su huésped, y acompañado de la mayoría de

los visitantes se retiró, no sin el anuncio de San Martín de que le visitaría esa misma tarde.

Cerca de las cuatro, sin fausto ni acompañamiento, el Protector del Perú se presentó en la Casa de Gobierno, donde le esperaba Bolívar rodeado de sus edecanes inmediatos, quienes a una orden suya los dejaron solos. Desde el primer momento, Bolívar notó que San Martín exhibía un completo dominio de sí mismo y ese aire superior y no desprovisto de majestad que cautivó en su tiempo a las gentes cultivadas del Plata y del Perú. El informe de la secretaría del Libertador al gobierno de Bogotá dice:

Poco después de llegado a su casa no habló de otra cosa el Protector sino de lo que ya había sido objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales. Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidades que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio.

Al disimulo de San Martín, Bolívar correspondió con actitud parecida. Evitó, por tanto, escoger los temas, para obligar a San Martín a descubrir sus verdaderas intenciones. El general argentino no se demostró inferior a la sagacidad de su rival; como quien no da mayor importancia al asunto, preguntó a Bolívar si no estaba muy disgustado por las “pellejerías” de Guayaquil, empleando el término



“porteño” para calificar los disturbios políticos. El Libertador se apresuró a contestar que la situación política del puerto ya había encontrado adecuada solución en las adhesiones de su pueblo al gobierno de Colombia, que no tardarían en quedar —como lo había solicitado San Martín— ampliamente ratificadas por los comicios próximos a celebrarse. El Protector se extendió entonces en sutiles consideraciones sobre la impreparación de los pueblos americanos para el Gobierno republicano y democrático, y llegó hasta decirle a Bolívar que en Guayaquil y en el mismo Quito se estaba fraguando una conspiración para establecer en aquellas regiones un Estado independiente de la Gran Colombia.

Situada la conversación a este terreno, San Martín abandonó su disimulo inicial, y como si deseara conocer de una vez por todas las verdaderas opiniones del Libertador, le aseguró —dice el informe al gobierno de Bogotá— que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando el Protectorado; que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra; *pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del Gobierno; que este no debía ser demócrata en el Perú, porque no convenía, y últimamente, que debería venir de Europa un príncipe aislado y solo a mandar en aquel Estado.*

El Presidente de Colombia consideró llegado el momento de demostrar igual franqueza y manifestó al Protecto

su intención de oponerse a la coronación de príncipes europeos en América, por considerar a la opinión popular ya fijada en el continente en favor de la República. Su frialdad de los primeros momentos desapareció y el jefe revolucionario se reveló francamente en sus palabras. Ante el silencio de San Martín —quien no comprendía ciertas exaltaciones—, habló con calor, paseándose nerviosamente por la habitación; le manifestó que no existiendo en América las condiciones sociales necesarias para la vigencia normal del sistema monárquico, se necesitaba no del ensayo de regímenes exóticos, sino de la adaptación del sistema republicano a las realidades típicas del Nuevo Mundo, que no permitían estabilizar, por medio de poderes autocráticos, las condiciones de vida coloniales, sino que demandaban urgentemente el establecimiento de una forma de gobierno capaz de permitir, por la solidez de su estructura política, el ascenso, a mejores condiciones de vida, de las extensas masas de la población americana, sin que ese proceso se cumpliera acompañado por un peligroso quebrantamiento del orden político.

San Martín, con actitud totalmente sincera de su parte, comunicó entonces a Bolívar su profunda alarma por los procedimientos radicales empleados en América para fomentar la revolución contra España; le agregó que por tales vías se estaba marchando apresuradamente hacia el caos y preparando una guerra civil que haría imposible la organización de los estados americanos después de su emancipación. Para terminar, le explicó que las instituciones monárquicas, sobre las cuales, en su concepto, podía

negociarse la emancipación del Nuevo Mundo con los poderes imperiales europeos, harían innecesario desencadenar las pasiones populares contra las clases patricias, únicas capaces de dar a las sociedades americanas una sólida y estable organización política.

Nunca, como en este momento, quedaron más francamente enfrentadas las dos concepciones que aspiraban imponer su espíritu y anhelos a la empresa histórica de la emancipación americana. San Martín buscaba un sistema capaz de permitir la liberación del Nuevo Mundo sin destruir las relaciones tradicionales de sus clases sociales, pues temía que su ruptura desatara el caos social en el Nuevo Mundo. Para Bolívar, en cambio, la destrucción de las relaciones tradicionales de las clases en América no era asunto que pudiera evitarse oponiéndole compuertas desacreditadas, como lo eran las ideas monárquicas.

Están creyendo algunos —había dicho Bolívar— que es muy fácil ponerse una corona y que todos la adoren; yo creo que el tiempo de las monarquías se fue, *y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad, los tronos no volverán a estar de moda en la opinión.* Usted dirá que toda la tierra tiene tronos y altares; pero responderé que estos monumentos antiguos están todos minados con la pólvora moderna y que las mechas encendidas las tienen los furiosos, que poco caso hacen de los estragos.

Bolívar había visto, cuando actuaba al frente de los ejércitos patriotas en Venezuela, cómo el fenómeno de la ruptura de las relaciones tradicionales de las clases se había venido cumpliendo en América, fomentado no solo por los patriotas, sino por los propios españoles, quienes, al verse perdidos en las etapas iniciales de la contienda, levantaron banderas de odio clasista, como lo hizo Boves en los Llanos venezolanos y lo estaban realizando, ante los ojos del mismo San Martín, los generales españoles entre las indiadas de la Sierra peruana. Para Bolívar el problema político de América no residía en temerle y huirle al cambio social, que ya parecía un hecho cumplido, sino en ponerlo al servicio de la causa libertadora y en encauzarlo posteriormente, a través de instituciones democráticas —fuertes por la estructura del Ejecutivo y liberales por sus principios—, por nuevas sendas de prosperidad.

Ni nosotros, ni la generación que nos sucederá —había escrito—, verá el brillo de la República que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes (se refiere a las mezclas de razas); al fin habrá una nueva casta de todas las castas, *que producirá la homogeneidad del pueblo. No detengamos la marcha del género humano con instituciones que son exóticas, como he dicho a usted, en la tierra virgen de América.*

En el curso de la conversación se han revelado ya las serias diferencias que separan a los dos grandes hombres. San Martín, frío, realista —con ese realismo que sirve para apreciar los hechos inmediatos—, no ha podido ocultar sus temores ante los grandes cambios que estaban ocurriendo en el Nuevo Mundo, y no ha vacilado en proclamar su franca predilección por un régimen político capaz de congelar esos cambios y de permitir la supervivencia del viejo orden de cosas. Bolívar ha demostrado, en cambio, el optimismo característico de los conductores acostumbrados a sentir el respaldo de los pueblos tras de sus decisiones. La actitud del uno nos resulta a veces desprovista de fuerza impulsiva y de genio creador y la del otro se nos presenta iluminada por ese vuelo histórico que rasga confiadamente los velos del porvenir. Hablando de San Martín decía el Libertador en carta a Santander: “Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. *Tiene ideas correctas de las que a usted le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de lo sublime que hay en las ideas y en las empresas*”.

Aunque el Protector tenía un especial interés por tratar el problema, para él decisivo, de la cooperación militar colombiana, el ambiente de pugnacidad que suscitaron sus propuestas políticas le pareció poco apropiado para enfrentarse a este tema, y solo se refirió a él en términos muy generales antes de dar por terminada aquella tarde la conversación. Quedó planteado para el día siguiente este asunto, al que San Martín atribuía más importancia que a cualquier otro, pues de su solución dependía la supervivencia

de su prestigio en el Perú y la prolongación de la influencia argentina en los sectores centrales del continente.

No podríamos continuar adelante sin dilucidar plenamente un problema que ha constituido el fondo de las diferencias entre los historiadores hispanoamericanos acerca de los móviles que determinaron la conducta de los dos libertadores en Guayaquil: ¿ juzgaba San Martín suficientes las fuerzas militares de que disponía en el Perú para derrotar a los ejércitos de Laserna, Valdés y Canterac?

Este interrogante tiene trascendental importancia porque solo su satisfactoria respuesta puede demostrar de modo cabal si el motivo que llevó a San Martín a Guayaquil fue simplemente asegurarse el dominio de este puerto — como lo creen algunos historiadores —, o si, por el contrario, él buscó la entrevista con Bolívar para obtener una forma de colaboración militar que le permitiera terminar felizmente la guerra en la Sierra peruana, sin que ello afectara la influencia del monarquismo argentino en el Virreinato.

Quienes se inclinan en favor de la primera hipótesis — para ser lógicos con las obvias implicaciones de la misma — afirman que San Martín estaba tan seguro de la importancia y cuantía de sus efectivos militares, que ni siquiera solicitó refuerzos a Chile y Buenos Aires. “ Todo comprueba — dice un eminente historiador — que el general San Martín no creía necesarios nuevos auxilios para asegurar la independencia del Perú y por eso no los pidió ni a Colombia, ni a Chile, ni al Río de La Plata ”.

Esta aseveración no se compagina con la realidad histórica, pues es bien conocido el envío de los señores José Cavero y Gutiérrez de la Puente a Chile y Buenos Aires para solicitar urgentemente recursos; como es sabido que a los dos emisarios no les fue posible obtener la cooperación que San Martín esperaba casi con angustia. El 15 de noviembre de 1822, el señor Cavero informaba así al gobierno protectoral sobre los resultados de sus gestiones:

Restituido a esta capital el teniente coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, comisionado de ese Supremo Gobierno cerca de Buenos Aires y provincias de su antigua unión, para agenciar el envío de una expedición que aumentara las fuerzas de nuestros ejércitos, *ha informado verbalmente a S. E. el generalísimo y a mí* de la renuncia formal del gobierno de Buenos Aires a cooperar por su parte a un tan interesante proyecto (...).

Ello demuestra no solamente que San Martín sí solicitó refuerzos a los países del Sur, *por no considerar suficientes sus fuerzas en el Perú para la batalla en la Sierra*, sino que al haberle sido negados, inevitablemente surgió la *necesidad* de que otra nación los proporcionara, lo cual, en ese momento, solo podía hacerlo Colombia.

A esta conclusión se opone solo en las apariencias la aseveración del propio San Martín al Libertador en Guayaquil, cuando le manifestó “que el enemigo es menos fuerte que él y que aunque sus jefes son audaces

y emprendedores, no son muy temibles”. Esta declaración sirve únicamente para confirmar la naturaleza del duelo diplomático librado entre Bolívar y San Martín en la conferencia. Si el propósito del Protector era obtener la cooperación militar del Libertador sin que ella amenguara su influencia en el Perú, mal podía declararle que su victoria estaba condicionada totalmente —como él bien lo sabía después del fracaso de Cavero y de Gutiérrez de la Fuente— a la participación de las armas de Colombia en la contienda. El haberlo confesado hubiera significado aceptar que la empresa de libertar al Perú ya no podía ser *argentina*, sino *colombiana*. Y tal era la conclusión que San Martín consideraba, con razón, incompatible con la política de predominio del monarquismo argentino en los sectores centrales del continente.

Por eso, el Protector se decidió a proponer al Presidente de Colombia, en su segunda entrevista, una forma de cooperación militar semejante a la ya aceptada por el gobierno de O’Higgins en Chile, la cual le había permitido contar con la cooperación *chilena* sin privar a la empresa del carácter de *argentina*. ¿Cuál fue esa forma? La celebración de un tratado de alianza defensiva y ofensiva entre los dos estados, en virtud del cual los aportes en reclutas y materiales proporcionados por Chile a la alianza se destinaron en su gran mayoría a *engrosar, equipar y reemplazar las pérdidas de los batallones argentinos*, es decir, del ejército llamado de los Andes, organizado por San Martín en la ciudad de Mendoza. De tal manera logró San Martín que la expedición libertadora del Perú, compuesta en un 70



% de chilenos y financiada por este Estado, pasará a la historia como una empresa argentina, cuando en Buenos Aires solo indiferencia inspiró.

Y precisamente ahora, San Martín se encontraba en el Perú en situación semejante a la que le tocó afrontar en Mendoza dos años atrás, cuando, carente de recursos, intentaba invadir el Virreinato para negociar con la aristocracia limeña la coronación de un príncipe español en América. El general argentino pensó en la posibilidad de celebrar con Bolívar —de quien tenía un mediocre concepto— un tratado de alianza que le permitiera contar con la cooperación colombiana, por el sistema de que ella le fuera prestada como lo había hecho Chile abnegadamente, entregándole reclutas y armamentos para engrosar los cuerpos argentinos que actuaban con *personalidad propia* en el Perú. De esta manera lograba adelantar con recursos de otros pueblos una empresa continental que aparecía como argentina, cuando en el Río de la Plata se desencadenaba la guerra civil y por ella parecía imposible toda cooperación oportuna del gobierno de Buenos Aires a los ejércitos que, bajo el mando de San Martín, actuaban con sus banderas en los campos de batalla del Perú. En la actitud de San Martín no había, pues, el altruismo y desprendimiento que le atribuyen sus panegiristas, sino astucia y habilidad políticas indiscutibles.

El día 27 de julio, el Protector se presentó de nuevo a la residencia del Presidente de Colombia, resuelto a avocar esta trascendental cuestión, que, no vacilamos en decirlo, constituía el principal motivo de la entrevista.

Conociendo San Martín que el enviado diplomático, despachado por Bolívar en 1820 a los países del Sur, don Joaquín Mosquera, había propuesto a los gobiernos del Perú, Chile y el Río de la Plata la celebración de un tratado de liga o confederación, que implicaba el apoyo militar de los signatarios a cualquiera de sus partes en guerra con España, decidió presentar en Guayaquil su solicitud de colaboración militar al Libertador, demostrando repentino interés por la Liga, no con el carácter de americana —pues en tal caso las tropas aportadas por los Estados tendrían que actuar bajo las órdenes del proyectado Congreso Confederado de Panamá—, sino simplemente entre el Perú y Colombia, pues de celebrarse así, ella obligaría a Bolívar a proporcionarle los refuerzos militares necesarios al Gobierno Protectoral del Perú —que él ejercía—, para llevar a feliz término la guerra contra España. De esta manera, y utilizando astutamente el proyecto de Confederación americana, San Martín perseguía obtener de Colombia lo mismo que había conseguido del gobierno de Chile, es decir, su colaboración militar, en forma que ella no privara a la contienda de liberación del Perú del carácter de empresa *argentina*. El informe reservado sobre las conversaciones de Guayaquil, enviado por conducto de la secretaría del Libertador al ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, en su parte pertinente dice:

El Protector dijo a S. E. que Guayaquil le parecía conveniente para residencia de la Federación, la cual ha aplaudido extraordinariamente como la

base esencial de nuestra existencia. Cree que el gobierno de Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella, pero sí el de Buenos Aires por la falta de unión en él; pero que de todos modos, nada desea tanto el Protector como el que subsista la Federación del Perú y Colombia, aunque no entre ningún otro Estado más en ella, porque juzga que las tropas de un estado al servicio del otro deben aumentar mucho la autoridad de ambos gobiernos con respecto a sus enemigos internos, los ambiciosos y revoltosos. Esta parte de la Federación es la que más interesa al Protector y en cuyo cumplimiento desea más vehemencia. El Protector quiere que los reclutas de ambos estados se remitan recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos, aun cuando sea necesario reformar el total de ellos por licencias, promociones u otros accidentes. Mucho encareció el Protector la necesidad de esta medida, o quizás fue la que más apoyó en el curso de sus conversaciones.

La notoria insistencia de San Martín en este aspecto de sus conversaciones en Guayaquil no solo demuestra la importancia excepcional que él le atribuía, sino también su confianza en obtener de Bolívar las condiciones aceptadas anteriormente por el jefe del gobierno de Chile. Sobre estas bases, sin embargo, el entendimiento resultaba imposible. Con discreción, pero con firmeza, así se lo dejó entender Bolívar, manifestándole que consideraba contrario a los intereses de su pueblo el procedimiento de "... poner las tropas de un estado al servicio del otro". Fue

entonces posiblemente cuando San Martín insinuó, por reacción muy natural y contradiciéndose con afirmaciones anteriores suyas, “que el enemigo es menos fuerte que él, y que sus jefes, aunque audaces y emprendedores, no son muy terribles”.

Bolívar vio en esta salida la oportunidad para darle a entender a San Martín cuál era su política frente a los problemas de la campaña del Perú. Él sabía al general argentino faltó de las fuerzas necesarias para decidir la campaña del Perú y conocía que en Lima había ocurrido en esos días un movimiento de insurrección contra el gobierno del Protector, movimiento que ya había logrado, bajo la dirección de Riva Agüero, notables éxitos iniciales. La situación de San Martín era difícil no solo por sus aspectos militares, sino, más aún, por su vacilante posición ante el pueblo peruano, cansado de los abusos de los oficiales porteños y de las arbitrariedades de Monteagudo, el *alter ego* del Protector. Por tanto, sin ninguna clase de equívocos, Bolívar manifestó a San Martín cómo a la satisfacción de conocerle personalmente, agregaba ahora la de enterarse, por su boca, que la guerra en el Perú no presentaba problemas insuperables para los ejércitos argentinos y que con gusto le proporcionaría la división colombiana acantonada en Guayaquil, cuyos efectivos ascendían a 1.800 hombres, los cuales, dadas las afirmaciones optimistas del Protector, eran suficientes para acompañar a las tropas peruano-argentinas a terminar la campaña felizmente. San Martín experimentó la rudeza del golpe, pero nada pudo hacer para evitarlo: 1.800

hombres, como él y Bolívar lo sabían, poco aportaban a la solución del problema militar del Perú; pero haberlo confesado así hubiera significado reconocer su incapacidad y la de su patria para decidir con éxito la guerra.

En este momento psicológico se produce el derrumbe de la personalidad histórica de San Martín y de su política de hegemonía en la América meridional. Acostumbrado a tratar con hombres en todo inferiores a él, no supo comprender, en la hora decisiva de su carrera, que al Libertador de Colombia no podía enfrentarse como lo había hecho con los dirigentes de su confianza en las provincias del Sur. Se cometería, sin embargo, grande injusticia y evidente error, si se interpretaran los resultados de la Conferencia de Guayaquil solo como desastre personal del general San Martín. Creemos, por el contrario, que allí fracasó ante todo una política: la política del patriciado de Buenos Aires y de su órgano de expresión, la Logia de Lautaro, que buscaba darle a la América independiente una organización social encaminada, según las propias palabras de San Martín, “a mantener las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, *para conservar la preponderancia de la clase instruida y que tiene que perder*”.

Por el carácter marcadamente “clasista” de la misma, ella en ningún momento contó con el apoyo de los pueblos del Sur, circunstancia que la distinguió de la política democrática desarrollada por Bolívar en el Norte, en virtud de la cual —antes de comprometerse en las campañas del Sur— llevó a feliz término en la Nueva Granada y Venezuela la decisiva empresa histórica de organizar

pueblos antes de crear ejércitos, de provocar adecuadas soluciones políticas para las colectividades emancipadas por él antes de dedicarse a expedir rigurosos reglamentos disciplinarios, destinados a formar una oficialidad aristocrática, como lo hizo San Martín. Por eso, el Libertador de Colombia pudo comenzar su actividad continental sin depender de la cooperación de otros estados, al tiempo que San Martín, en la hora decisiva de sus empresas militares no tuvo otro recurso que demandar el auxilio de la nación y del hombre que, por el desarrollo lógico de los acontecimientos, estaban comprometidos en una empresa, cuyas finalidades difícilmente podían armonizarse con las suyas.

Tal vez San Martín hubiera logrado en Guayaquil, como fue su esperanza, un acuerdo favorable para la política continental argentina, si allí hubiera encontrado un hombre inferior a él en sagacidad y dominio de los problemas políticos del Nuevo Mundo. Pero acaeció precisamente lo contrario. Bolívar “no era el hombre que esperábamos”, como se lo confesó en carta confidencial a Guido. Entre los dos existía una marcada diferencia de vitalidades, que habría de contribuir considerablemente a determinar los resultados de aquella memorable entrevista. San Martín, afectado por grave dolencia que, contra las advertencias de los médicos y de sus íntimos, le obligaba al uso permanente de la morfina, había perdido sus antiguas energías para la lucha, y cuando los pueblos americanos se rebelaban contra sus ideas monárquicas y la campaña en el Perú presentaba sombríos aspectos, la

perspectiva de combatir contra «las fuerzas del desorden», que todos los días brotaban en los más apartados lugares del Nuevo Mundo, solo provocaban en él un inmenso desaliento. Bolívar, en cambio, se sentía pleno de vigor, y esas gigantescas energías que le habían permitido sacar naciones de la nada, tenían en aquellos meses de éxito la tensión creadora que permite a los hombres comprometerse sin vacilaciones en las grandes empresas históricas.

Puede afirmarse que sus hechos militares —diría San Martín de Bolívar— le han merecido, con razón, ser considerado como el hombre más extraordinario que ha producido la América del Sur. Lo que le caracteriza sobre todo y le imprime en cierto modo su sello especial es una constancia a toda prueba, a que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros a que su alma ardiente le arrastra.

En aquel memorable duelo humano, el imperio de la avasalladora personalidad de Bolívar no solo fue notorio, sino que creó en el propio San Martín la impresión de carecer de toda posibilidad para oponerse a la fuerza expansiva de la nación colombiana, cuyo más exacto símbolo era la afirmativa figura humana del Libertador. “Su espíritu —dice el propio Mitre hablando del Protector— se destempló al chocar con una voluntad férrea, encarnada en el hombre que lo consideraba como un obstáculo a la expansión de su genio».

Al atardecer, San Martín se anticipó a poner fin a su última entrevista, en la cual habían naufragado todas sus esperanzas, y anunció a Bolívar su propósito de partir inmediatamente rumbo al Perú. El Libertador le informó que se había organizado un baile en su honor para aquella noche y le solicitó aplazar su partida hasta el día siguiente. Su insistencia obligó a San Martín, a pesar de que su estado de ánimo debía inclinarlo poco a los bullicios de una fiesta, a demorar su viaje hasta el amanecer.

Esa noche pudo la sociedad de Guayaquil contemplar, en la suntuosa sala de la Casa de Gobierno, en medio del brillo de los uniformes, las galas de las damas y la animación general de la concurrencia, reunidos por última vez al Protector del Perú y al Libertador de Colombia; a San Martín, frío, reservado y cortés, recibiendo en uno de los ángulos del salón los saludos y los homenajes; y a Bolívar, más alegre que nunca, danzando con el entusiasmo que por el baile siempre le caracterizó. Hacia la madrugada, San Martín hizo comunicar a Bolívar su deseo de retirarse y, acompañado por él, salieron discretamente y se dirigieron al muelle, donde estaba todo preparado para la partida. En medio de las sombras de la noche, apenas interrumpidas por la luz de los faroles de la guardia, los dos jefes de la emancipación americana se abrazaron por última vez y San Martín subió silenciosamente a la lancha que debía conducirlo a la *Macedonia*. Al amanecer del día 28, el barco levaba anclas rumbo al Perú, donde el Generalísimo argentino, de acuerdo con los resultados



de la conferencia, pondría fin a sus actividades militares y políticas en América.

Cuando la partida del Protector del Perú puso término a la primera fase de esta gran batalla diplomática, ni por un momento Bolívar se vio sometido a ese estado de descoloración del futuro que se produce en el espíritu del hombre cuando tras larga lucha alcanza la realización de sus anhelos. El vacío que dejó la tensión emocional de los últimos días, lejos de transformarse en brumosa incertidumbre, se llenó casi exaltadamente con el deseo febril de regresar al lado de Manuela. Para lograrlo debía vencer dos adversas circunstancias: la imposibilidad de abandonar en el momento aquellas regiones y las dificultades de Manuela para salir de Quito sin dar pábulo a las habladurías. Para vencer estos inconvenientes, Bolívar acudió a la amistad de una influyente familia quiteña, amiga de Manuela y suya, con el fin de que ella fuera invitada a la hacienda de El Garzal, situada sobre el río Guayas y en las proximidades de Babahoyo, ruta obligada de la gira que se proponía efectuar por las provincias de la Sierra ecuatorial. El sitio de El Garzal, favorecido por las bellezas de la naturaleza —cuya profusión de coloridos y aromas salvajes impregnan su paisaje de efluvios excitantes para los sentimientos—, se tendía perezosamente en las márgenes del Guayas, sobre cuyas aguas y en graciosos giros volaban grandes bandadas de garzas, y cuya vegetación de palmeras, sauces y helechos gigantes encerraban con cierta abundancia tropical la casa que serviría de refugio a los amantes.

Cuando la pasión amorosa se inicia con intensos deleites, alimentados por la fascinación de los mismos, adquiere el poder de sobrepasar esas fronteras de la sensibilidad “donde los placeres, en cambio de decaer, se suman en síntesis siempre nuevas”. De esta manera el entusiasmo, fuente viva del amor, encuentra permanentes estímulos en los seres que se aman así, y en sus forzadas separaciones, los recuerdos de la felicidad pasada les descubren ese fascinante encanto que para otros solo existe en la novedad. Los dos enamorados habían esperado con impaciencia la hora de reunirse en El Garzal, y al distinguir Manuelita, en la lejanía, la embarcación en que venía el Libertador, dichosa exaltación se apoderó de ella, de tal manera que cuando Bolívar la estrechó entre sus brazos la sintió temblorosa de felicidad. Por desgracia, las cartas de los dos en la época inmediatamente posterior a su encuentro en El Garzal se perdieron, pero existe, en cambio, una de Bolívar a Manuela un poco después, la cual pone de relieve el extraño calor de esta pasión: “Tú quieres —le dice— verme siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y revertirte, y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mí por todos los contactos. ¿A que tú no me quieres tanto como yo? Pues bien, esta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo”.

Por desgracia para los amantes, la situación política en las provincias de la Sierra ecuatorial hacía cada vez más necesaria la presencia de Bolívar en ellas, y en tal virtud debieron separarse transitoriamente; mientras Manuela regresaba a Quito, donde las murmuraciones propiciadas

por su ausencia habían aumentado, Bolívar se dirigió a la población de Cuenca. La tristeza del panorama y el cambio de vida se reflejan en su carta a las Garaycoas, amigas íntimas de Manuela, a quienes dice con intencionada ironía:

La Iglesia se ha apoderado de mí; vivo en un oratorio; las monjas me mandan la comida; los canónigos me dan de refrescar; el *Tedeum* es mi canto y la oración mental mi sueño; medito en las bellezas de la provincia de Guayaquil y en la modestia de las serranas, que no quieren ver a nadie por miedo del pecado. *En fin, amigas, mi vida es toda espiritual, y cuando ustedes me vuelvan a ver ya estaré angelicizado.*

La noticia, conocida entonces, de la dramática dejación del mando por San Martín en el Perú y de su partida para Chile, indicó a Bolívar la proximidad de su inevitable intervención militar y política en el Virreinato.

Había pensado ir a Bogotá le escribió a Santander por ceder a las instancias de usted y porque conocía la razón para ello; pero he cambiado de resolución y ya no pienso más que en levantar 4.000 hombres para mandarlos o llevarlos al Perú. Digo llevarlos, porque no sé a quién confiárselos en un país muy difícil y muy enredado; que no tiene qué comer y es carísimo; que no tiene agua y está helado; que no

tiene gobierno y todos mandan. En fin, contra un enemigo que parece temible, y que probablemente cambia la suerte de la América si no se le pone una resistencia victoriosa.

¡Había llegado la hora de Colombia! ¡La política americana de Bolívar comenzaba su marcha victoriosa a lo largo del hemisferio!



## Soñando y pensando sin cesar

Augusto Mijares

Como hemos dicho, Bolívar llegó a Guayaquil antes que San Martín. Tuvo, pues, el gusto de recibirlo en la ciudad, que ya se había reincorporado al territorio de Colombia, y entre los otros agasajos que se le prepararon el Libertador obtuvo que la bellísima guayaquileña Carmen Calderón Garaycoa presentara al Protector del Perú una corona de laurel de oro esmaltado<sup>51</sup>. Aparte de la belleza, prestigiaban a Carmen Calderón Garaycoa los sacrificios de su familia por la causa republicana: su padre, don Francisco Calderón, había sido fusilado por los realistas al comienzo de la revolución; y su hermano, el joven Abdón Calderón, obtuvo en Pichincha “particular memoria”, según el parte oficial de la batalla, porque “habiéndolo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del combate”, agregaba Sucre<sup>52</sup>. Ya veremos

---

51 Así se lo refirió la propia Carmen Calderón al historiador chileno Vicuña Mackenna. Narrado por Julio César Chávez en la obra *San Martín y Bolívar en Guayaquil*. Buenos Aires, 1950, p. 140. Citado también por Lecuna en *Catálogo...*, tomo III, p. 286.

52 O'Leary, tomo XIX, p. 292.

también que una tía de Carmen, Joaquina Garaycoa, igualmente de excepcional encanto, se enamoró rendidamente del Libertador y le dio, en los últimos y tristes días del héroe, pruebas conmovedoras de lealtad y cariño.

Inmediatamente después de los primeros agasajos preparados por Bolívar para San Martín y de las visitas de cortesía que recíprocamente se hicieron los dos libertadores, se verificó la célebre entrevista entre ambos, que por haber sido secreta ha dado lugar a tantas fantasías.

Nuestra interpretación es que careció completamente de importancia: 1.º porque el principal aunque inconfesado objeto de ella —el destino de Guayaquil— ya estaba resuelto; 2.º porque el corto tiempo durante el cual conversaron Bolívar y San Martín —y que ni el uno ni el otro pensaron prolongar— apenas pudo permitirles cambiar ideas muy generales sobre los numerosos problemas americanos; 3.º porque ni el Libertador ni el Protector estaban autorizados para iniciar o concluir convenio alguno; 4.º porque San Martín sabía muy bien que ninguna fuerza lo respaldaba: el Perú había reaccionado contra él, y la Argentina, dividida por las facciones, nada podía ofrecerle; en ambas naciones su autoridad y su prestigio habían muerto.

Todo esto es tan cierto que para probarlo bastan los documentos que aportan los propios historiadores argentinos. Y comenzaremos por uno de los más agresivos contra el Libertador, los citados apuntes del general Rufino Guido, tomados de la edición oficial argentina.

Dicen así al narrar lo sucedido: “Siguió la goleta navegando con marea y viento favorables, y a las doce del día siguiente, fondeó en el puerto. A los pocos momentos vinieron dos ayudantes más del general Bolívar, a felicitar de nuevo al general, y decirle, que el Libertador deseaba verle cuanto antes: como estábamos listos para desembarcar, desde que avistamos la ciudad, luego lo verificamos por el muelle: desde cuyo punto hasta la casa en que nos hospedamos, estaba formado un batallón de infantería, que en orden de parada, hizo al general los honores que por su alta graduación y rango se le debían. Al entrar a la casa hallamos al pie de la escalera que conducía a los altos al Libertador Bolívar de gran uniforme, y rodeado de su Estado Mayor, quien en el momento de ver al general, se adelantó hacia él, y dándole la mano le dijo: ‘Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín’”. El general contestó dando las gracias por tan cordial sentimiento, pero sin admitir los encomios que le hacía el Libertador, y subieron las escaleras, siguiendo todos hasta un gran salón que estaba preparado para su recibimiento.

“Al poco tiempo de estar allí empezaron a venir las corporaciones a felicitar al general San Martín, y después de ellas vinieron las señoras de Guayaquil con igual objeto: manifestación que desagradó mucho al Libertador, porque él no la había merecido, subiendo de punto su incomodidad y celos por el suceso siguiente. Luego que concluyó de felicitar al general una de las principales señoras que dirigían aquella reunión, y a quien el general la



contestó muy cumplidamente y con aquella majestad y porte marcial que tanto le distinguían, quedando todo en silencio y sin despedirse dichas señoras, se levanta repentinamente una de las señoritas, como de 16 a 18 años, linda como un ángel, y con las manos atrás se dirige al general, que al lado del Libertador se mantenía en medio de la sala y después de pronunciar una arenga, llena de elogios entusiastas, le colocó en la cabeza una corona de laurel esmaltada. "Ofendida la natural modestia del general, con una demostración que no esperaba, se puso todo colorado y quitándosela de la cabeza, contestó a la señorita, que él no merecía semejante demostración; que había otros que la merecían más que él, pero que no podía tampoco despojarse de un presente de tanto mérito, por las manos de quien venía, y por el patriótico sentimiento que lo había inspirado; agregando, que lo conservaría eternamente, como recuerdo de uno de sus más felices días. Después de este singular acontecimiento se despidieron las señoras. Habiéndose despedido también los jefes y oficiales que acompañaban al Libertador, los dos ayudantes de campo del general nos retiramos, quedando solos y a puerta cerrada ambos generales, cuyo encierro duró hora y media, saliendo en seguida el Libertador para su alojamiento, acompañado de sus ayudantes que le esperaban en nuestras habitaciones situadas al paso. Volviendo a la escena de la corona, notable y muy notable fue, para los más que la presenciábamos, la diferente impresión que produjo en el semblante de aquellos grandes hombres: el que recibió tan merecido obsequio, rojo como un carmín, mientras

que el otro, pálido y lívido como un muerto, no podía ocultar su despecho al verse obsequiado y agradecido por aquel gran pueblo, que manifestó su entusiasmo con vivas y aclamaciones al general San Martín, desde el momento de su desembarco, continuando con las mismas manifestaciones en los dos días que permanecimos allí: habiendo ocasiones en que la guardia de honor que teníamos a la puerta, se vio obligada a hacer retirar el inmenso gentío que se agrupaba bajo nuestros balcones, para vitorear y ver al general: todo esto era un tósigo para el general Bolívar, quien por su carácter altivo y dominante, no podía sufrir que hubiese otro, no digo superior, como lo era el general San Martín en muchos respectos, sino ni aun igual; pero volvamos a nuestra breve relación.

”Después de que se retiró el Libertador, recibió el general algunas visitas, y antes de comer, que lo hicimos en la misma casa en que parábamos, acompañamos al general al alojamiento del Libertador, donde permaneció media hora, y regresamos: la noche se pasó en recibir nuevas visitas, y entre ellas algunas señoras. Al siguiente día volvimos a la casa del Libertador a la una de la tarde, habiendo antes arreglado nuestro equipaje, y ordenado que a las once de la noche se embarcase a bordo de la goleta, pues según orden del general debíamos embarcarnos esa misma noche al salir del baile a que estábamos convidados. Luego que estuvieron juntos se encerraron ambos personajes y permanecieron así hasta las cinco, hora en que salieron a sentarse en una gran mesa, dispuesta al efecto, en la que se sentaron también algunos generales y varios

jefes del ejército de Colombia. Seríamos como cincuenta individuos los que asistimos a aquel suntuoso banquete; la comida fue espléndida y duró hasta las siete de la noche, ocupando la cabecera de la mesa el general Bolívar, que daba la derecha al general San Martín.

”Al empezar los brindis, que los inició el Libertador, parándose con la copa en la mano e invitándonos a hacer lo mismo, dijo: ‘Por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín, y yo’. El general San Martín, modesto como siempre, brindó: ‘Por la pronta conclusión de la guerra por la organización de las diferentes Repúblicas del continente, y por la salud del Libertador’. Dos o tres brindis más fueron dados en seguida por los generales presentes, y nos levantamos de la mesa. A las nueve de la misma noche fuimos al baile a que estábamos convidados. La reunión era brillante —por el número, belleza y elegancia de las señoras y lo suntuoso del salón, perfectamente adornado e iluminado: en cuanto a los hombres, la mayor parte eran jefes y oficiales del ejército colombiano y del Estado Mayor del Libertador... No estaba menos molesto nuestro general, al verse envuelto en semejante laberinto, él, que aun en sus reuniones más familiares y en la confianza de la amistad, observaba aquella moderación y decencia que siempre hay en gente bien nacida; así fue que determinó retirarse. Se acercó a mí y me dijo: ‘Llámeme usted a Soyer que ya nos vamos; no puedo soportar este bullicio’. Era la una de la mañana cuando salimos del baile sin despedirse el general sino del Libertador, y sin que nadie se apercibiese

de semejante despedida; lo que tal vez habría sido acordado entre ambos, porque no se alterase el buen humor de la concurrencia, pues que uno solo de sus ayudantes nos hizo salir por una puerta excusada y nos acompañó hasta el momento de embarcarnos; una vez a bordo de la goleta, levamos anclas y nos hicimos a la vela, contentos todos de salir de entre aquella gente, que aparte de sus hazañas y de su constancia en la guerra contra los españoles parecía hacer gala de tosquedad y de soberbia.

”El general se levantó el día siguiente al parecer muy preocupado, y paseándonos después del almuerzo sobre cubierta, me dijo: ‘¿Qué le parece a usted cómo nos ha ganado de mano el Libertador Simón Bolívar? Pero confío que no se quedará con Guayaquil para agregarlo a Colombia, cuando el pueblo en masa quiere ser anexado al Perú: de grado o por fuerza lo será, luego que concluyamos con los chapetones que aún quedan en la sierra. Usted ha visto la alegría y entusiasmo de ese pueblo, y los vítores al Perú, y a mi persona’. En efecto, esas demostraciones tan espontáneas de toda aquella población, mortificaron extraordinariamente al Libertador, y desde ese día empezaron los celos contra el general. Quedan, pues, indicadas las ideas e intenciones de nuestro general cuando salimos de Guayaquil, y seguía tan preocupado con ellas que muchas veces rodaba la conversación sobre ese mismo asunto. Pero llegamos al Callao, y todos sus proyectos vinieron por tierra, la noticia que recibió a nuestro arribo de la revolución contra su primer ministro Monteagudo, y más que todo la connivencia de sus

principales jefes que debieron haberla sofocado, le anonadó a tal punto que todos notaron en su semblante la profunda impresión que había hecho en su corazón magnánimo y generoso la ingratitud de sus principales jefes. Persuadido de este error, porque así lo fue, ya no pensó más que en dejar su puesto a otro más afortunado que él, como lo fue Bolívar, que tuvo la gloria de concluir la guerra en que estábamos empeñados. He dicho que fue un error del general el suponerse traicionado por todos sus jefes, porque a excepción de unos pocos, los demás se habrían sacrificado por él, y fusilado también al más pintado de ellos, si así lo hubiese él ordenado”<sup>53</sup>.

Lo primero que advertimos en esta narración es que se menciona en ella numerosas veces al Libertador, para designar a Bolívar, sin posibilidad de equívocos. Lo mismo ocurre en todos los documentos de aquellos días. ¿Por qué, pues, esa manía posterior de los argentinos de trasladar aquel título al general San Martín?

Más interesante aún es advertir que, antes de la entrevista, San Martín estaba dispuesto a embarcarse “esa misma noche al salir del baile”. ¿Por qué? Además de aquellos agasajos, que Guido se empeña en atribuir exclusivamente a los guayaquileños, San Martín contaba, al parecer, con la escuadra peruana que había enviado a Guayaquil cuando aún pensaba inclinar de esa manera la voluntad de la ciudad hacia el Perú. ¿Por qué, pues, se muestra repentinamente

---

53 Narración del general Rufino Guido. Citado por Lecuna en *Catálogo...*, tomo II, p. 184.

tan mohíno y malhumorado? Evidentemente, porque había comprendido que allí nada tenía que hacer.

Poco después, según el mismo testimonio, advirtió que no podía contar con el Perú, ni con las propias fuerzas que mandaba, y “ya no pensó más que en dejar su puesto a otro más afortunado que él”.

Eso fue todo: víctima de su propio carácter, demasiado proclive a la abstención y al abatimiento, y a punto de ser abandonado por todos, San Martín no podía alternar con Bolívar, que estaba dispuesto a proseguir la lucha con todo el ardor de su temperamento y a quien respaldaban las fuerzas invencibles de Colombia. Bolívar estaba acostumbrado a dominar en Venezuela caudillos de la talla de Ribas, Piar, Páez y Mariño; y a sostener deliberaciones doctrinarias con hombres que al talento unían la más celosa rectitud republicana: Santander, Tovar, Palacio Fajardo, Roscio, Urbaneja; llegaba en aquel momento a tal plenitud que ya hemos visto cómo en medio de las dificultades de la campaña de Bomboná todavía le sobraba ímpetu para promover su querida idea de la confederación hispanoamericana, y proyectar obras como la de unir el Atlántico y el Pacífico a través de los ríos Atrato y San Juan. Nada menos parecido al modesto general, al ruborizado San Martín, que nos pinta Guido. Antes de que comenzara la entrevista ya podía saberse sus resultados.

La narración que hace Bolívar a Santander de su encuentro con el Protector, en carta fechada el 29 de julio de 1822, es absolutamente diferente a la de Guido, tanto en la forma como en los sentimientos atribuidos a los dos

grandes protagonistas de aquel suceso; pero confirma la deducción principal que hemos sacado de los apuntes del argentino: que en realidad, ni remotamente llega a haber discusión trascendental entre los dos libertadores acerca de los problemas continentales, sino una simple conversación amistosa. Dice así: “Mi querido general: Antes de ayer por la noche partió de aquí el general San Martín, después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas: se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres: así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzos, por lo menos. El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del congreso Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella.

”Diré que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es proforma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos. No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso. Solo me ha empeñado mucho en el negocio de canje de guarniciones; y, por su parte, no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho. Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a Ud. le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Últimamente Ud. conocerá su carácter por la memoria, que mandó con el capitán Gómez, de nuestras conversaciones, aunque le falta la sal de la crítica que yo debería poner a cada una de sus frases. Hoy están tratando los de la Junta electoral de esta provincia sobre su agregación a Colombia: creo que se hará, pero pretendiendo muchas gracias y privilegios. Yo, encargado del poder ejecutivo en esta parte, me encargaré de la provincia, dejando al soberano congreso libre su soberana voluntad, para que salga del paso en su soberano poder.

“Aquí me servirá de algo la división de los poderes y las distinciones escolásticas concediendo la mayor, y negando la menor. Hemos logrado en estos días uniformar la opinión, a lo que no ha dejado de contribuir también la venida de San Martín, que ha tratado a los independientes



con el mayor desdén. Esto es lo que se llama saber sacar partido de todo. No es para mí este elogio, sino para el que sabe lisonjear a tiempo, aunque sea al cuerdo. La 'Prueba' y la 'Venganza', no estarían hoy en el Perú, sin la política de San Martín: pero ya no hay más que esperar de estos dos bobos, y ahora le echa la culpa a ellos. Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mayor fortuna y gloria cosas bien importantes: primera, la libertad del Sur; segunda, la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado, que va a darnos en el Perú gloria y gratitud, por aquella parte. Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido, y todos nos respetan porque a nadie he cedido.

”Los españoles mismos van llenos de respeto y de reconocimiento al gobierno de Colombia. Ya no me falta más, mi querido amigo, sino es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo, para que nadie me lo pueda robar: quiero decir que ya no me falta más que retirarme y morir. Por Dios, que no quiero más: es por la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna. El coronel Lara va mandando estos cuerpos y después seguirá el general Valdés, es cuanto en esta ocasión tengo que participar a Ud. y quedo siempre de Ud. de corazón. —Bolívar”<sup>54</sup>.

---

54 *Cartas*, tomo III, p. 58.

Existen además dos relaciones oficiales de la conferencia de Guayaquil, firmadas ambas por José Gabriel Pérez, secretario del Libertador, y dirigidas, una al gobierno de Colombia, y otra al general Sucre, a la sazón intendente del Departamento de Quito<sup>55</sup>. En lo esencial coinciden con lo referido por Bolívar; pero nos parece que la carta transcrita es más espontánea y, por ser correspondencia privada, no puede sospecharse que haya sido aderezada con fines políticos.

La relación oficial de Pérez al Gobierno señala, sin embargo, algunos puntos concretos que fueron objeto, dice, de las conversaciones entre los dos libertadores; y los historiadores han convenido en admitirlos con ese carácter, aunque Pérez —con malignidad casi igual a la de Guido— presenta a San Martín “haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales”. Y hasta llega a puntualizar que “al llegar a la casa preguntó el Protector a S. E. si estaba muy sofocado por los enredos de Guayaquil sirviéndose de otra frase más común y grosera aún cual es pellejerías, que se supone ser el significado de enredos”.

De todos modos, según Pérez los temas de la entrevista se desarrollaron así: acerca de Guayaquil, el Protector

---

55 Pueden consultarse en Lecuna, *Catálogo...*, tomo III, pp. 186 y 190. El original de la primera se conserva en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia; y el de la segunda, en el Archivo y Museo Central de Quito.

manifestó que ya no tenía por qué mezclarse en ello; sobre la forma de gobierno que convendría a los Estados americanos, San Martín se inclinaba por la monarquía, y para el Perú, en concreto, proponía que se ofreciera la corona a algún príncipe europeo: pero Bolívar se mostró absolutamente opuesto a esto último, y, como el general, mantuvo los principios constitucionales que había fijado en el discurso de Angostura; en cuanto a la confederación hispanoamericana, San Martín aceptó con entusiasmo las ideas del Libertador: "... cree que el Gobierno de Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella, pero sí el de Buenos Aires, por la falta de unión en él; pero de todos modos; nada desea tanto el Protector como el que subsista la federación del Perú y Colombia, aunque no entre ningún otro Estado más en ella"; la cuestión de límites entre el Perú y Colombia no suscitó discrepancia alguna, porque ni San Martín ni Bolívar se creían autorizados a resolverla: "... además —agrega Pérez—, habiendo venido el Protector como simple visita sin ningún empeño político ni militar, pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban para partir, no era delicado prevalerse de aquel momento para mostrar un interés que habría desagradado sin ventaja alguna, no pudiendo el Protector comprometerse a nada oficialmente". También aprobó San Martín otra proposición hecha días antes por el Libertador para "que aunados los diputados de Colombia, el Perú y Chile en un punto dado, tratarasen con los comisarios españoles destinados a Colombia con este objeto"; y en otros

puntos de alcance continental, apenas cambiaron opiniones intrascendentes.

Sin embargo, a pesar de tantos testimonios concordantes, veintidós años después de la entrevista surgió otra interpretación de ella, que los historiadores argentinos se han empeñado en inflar y paramentar, y que por eso nos ha obligado al largo y enojoso análisis que hemos hecho. Se basa en una pretendida carta de San Martín a Bolívar, publicada en 1844 por un francés llamado Lafond y de la cual no han aparecido ni el original ni los borradores<sup>56</sup>. Según la traducción generalmente admitida, dice así:

“Lima, 29 de agosto de 1822. —Excmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar. —Querido General: Dije a usted en mi última de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba: ahora al verificarlo, no solo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América. Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que

---

56 *Voyages autour du monde et naufrages celebres. Voyages dans les Ameriques*, par le capitaine G. Lafond. París, 1844, tomo II, p. 136. Reproducida en la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, por Bartolomé Mitre, tomo IV, p. 615; y analizada por Lecuna en *Crónica razonada...*, tomo III, p. 212.

mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido, que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando: y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside. No se haga ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de estos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas, según me escribe este general, no han sido reemplazadas, a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que usted envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao, y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas

poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males. En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse. No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a usted de alguna utilidad su conocimiento. El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración. Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia. Permítame, general, que le diga que creí que no era a nosotros a quienes

correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud-América. He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia. Con el comandante Delgado, dador de esta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta Memoria del primero de sus admiradores. Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor. José de San Martín”.

El elemento nuevo que introduce esta carta en la versión de la célebre entrevista es la pretendida oferta de San Martín de servir en el Perú, con las fuerzas que mandaba, a las órdenes del Libertador. De lo cual han deducido los comentaristas argentinos que aquella extraordinaria demostración de desinterés del Protector se frustró por la desmedida ambición de Bolívar y que este es, por consiguiente, el culpable de que aquel renunciara desde entonces a la vida pública, y el Perú tuviera que sufrir dos años más de guerra. A su vez, los historiadores de los países bolivarianos se inclinan a considerar apócrifa la carta

de Lafond, y numerosos trabajos parecen probar, en efecto, que es una invención insostenible<sup>57</sup>.

De todos modos, si se admite como auténtica aquella carta, muy poco favor le hace a San Martín y en nada oscurece la gloria del Libertador.

Porque el supuesto ofrecimiento de San Martín de subordinarse con sus fuerzas al Libertador, no podría considerarse bajo el análisis más elemental, sino como una insensatez inadmisible o un ardid de muy baja calidad.

¿Qué derecho, en efecto, tenía el Protector —investido por la nación peruana con el mando absoluto, político y militar, y jefe de un ejército en que figuraban argentinos, chilenos y peruanos— para poner todo aquello a las órdenes de Bolívar en una simple entrevista que ni siquiera tenía carácter oficial?

¿Qué dirían los argentinos de hoy, empeñados en parangonar a San Martín con Bolívar, si aquel, sinceramente y sin ningún embarazo, se hubiera colocado como subalterno del Presidente colombiano, para mandar algunas fuerzas colecticias, mientras Bolívar, como Jefe Supremo y con todo el ejército de Colombia lanzado a la lucha, se convertía en el Libertador del Perú?

¿No resulta una verdadera falta de respeto imaginarse a San Martín, recibiendo de Bolívar las órdenes que un jefe debe dar forzosamente a sus subordinados?

---

57 Aparte de los estudios de Lecuna ya citados, consideramos concluyente la minuciosa y acertada crítica del doctor Cristóbal L. Mendoza en un informe a la Academia Nacional de la Historia de Venezuela sobre aquel documento. Publicada en *Temas de Historia Americana*, Caracas, 1963, p. 34.



¿Podía San Martín, que hasta aquel momento ejercía el poder supremo en el Perú, pasar, como subalterno militar, a acatar en silencio la dirección política que Bolívar diera al Estado puesto bajo su protección?

¿Era San Martín incapaz de prever las disensiones que semejante situación hubiera provocado entre los peruanos y en el propio ejército?

Claro está que, ante el ofrecimiento de San Martín, Bolívar pudo corresponder con otro más generoso y más sensato: apartarse él y confiarle al Protector los contingentes colombianos. Pero entonces la oferta de San Martín solo tenía por objeto provocar esta reacción, no era sincera. Además, la enorme desproporción de fuerzas que señala Lafond —19.000 veteranos españoles contra 8.500 patriotas, en gran parte reclutas, y muchos colombianos, anulaba también aquella posibilidad. Para hacer frente a tal situación —y a las intrigas políticas y las defecciones que derribaron a San Martín— no bastaban algunos refuerzos por numerosos que fueran; era indispensable comprometer en una jugada suprema toda la fuerza y el prestigio de Colombia. y esto solo podía hacerse —y a duras penas se logró del Congreso colombiano— bajo la conducción personal de Bolívar.

Si el Perú se encontraba en tal estado de debilidad y San Martín no podía ni levantar en él nuevas tropas, ni procurarle auxilios de la Argentina o de Chile, la única prueba de verdadero desprendimiento que podía dar era retirarse, y no complicar la situación política y militar del país empeñándose en permanecer allí como subalterno

de Bolívar. Eso fue lo que hizo, con sentido muy justo de su dignidad. ¿Por qué se empeñan los argentinos en suponer auténtica la insensata o indecorosa invención de Lafond, con el solo objeto de atribuir a San Martín un desinterés que nadie le discute? ¿Y si por el testimonio del propio San Martín admiten que este dejó al Perú en situación tan desesperada, cómo se afanan por otro lado en considerarlo libertador de aquel país?

Al separarse San Martín del Perú, en el mes de setiembre siguiente, manifestó en su proclama de despedida a los peruanos, y en otros documentos públicos, que renunciaba a la vida pública por “estar aburrido de que se dijera quería coronarse o de ser llamado tirano”; y en las instrucciones que dejó al general Alvarado indicaba además “la gravedad de los males que sufría y que no le permitían continuar más en el mando del ejército”<sup>58</sup>.

Lo mismo había manifestado en carta particular a O’Higgins, de fecha 25 de agosto de 1822, o sea un mes justo después de la conferencia de Guayaquil: “Me reconvenirá usted —le decía— por no concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador, y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, y mi edad media al de mi patria. Creo que tengo derecho de disponer de mi vejez”<sup>59</sup>.

---

58 *Archivo de San Martín*, tomo VIII, p. 110.

59 Mitre, *op. cit.*, tomo III, p. 158. Citado también por Francisco Rivas

Vemos así a San Martín —mente lúcida y firme paso de veterano— renunciar a lo que no podía intentar. ¿No se le rebaja injustamente suponiendo que se retiró porque Bolívar no quiso admitirlo como subalterno?

La aversión de San Martín a la vida pública era tan intensa que a pesar de que sobrevivió veintiocho años a aquellos sucesos, y de que en tan largo tiempo su país fue presa de la anarquía y después de la feroz tiranía de Rosas, el libertador argentino jamás quiso renunciar al retiro que había escogido en Europa. El concepto que tenía Bolívar de su misión era absolutamente diferente: aparte de ser el infatigable *forgeron* que durante diez años había dirigido el adiestramiento desesperado de tres naciones en una guerra de combates diarios, y que al fin había estructurado con ellas el Estado más poderoso de Suramérica, Bolívar siempre consideró que al terminar la lucha armada comenzaba la obligación más ardua de los libertadores: organizar los países que se habían separado de España; legitimar esa separación mediante la creación de un orden político que los hiciera respetables y prósperos. Para él la emancipación no podía ser un objetivo final, sino un punto de partida hacia las conquistas sociales, culturales y morales que debían justificarla. Por eso solía también decir que le temía más a la paz que a la guerra: porque sentía que los que habían revolucionado estas naciones eran responsables de su futuro.

---

Vicuña en “La democracia colombiana y la Conferencia de Guayaquil”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N.º 73, p. 136, Caracas.

A riesgo de hacerme barroco amontonando citas sobre el mismo tema, debo también utilizar otra, que se refiere a la misma responsabilidad, pero observada como problema íntimo: “Bolívar sabe que no puede ser más de lo que es; pero que sí puede hacer más de lo que ha hecho”, decía don Simón Rodríguez; y a la verdad que no puede haber una definición más penetrante y justa de lo que siente el hombre que se esclaviza a su obra. Muy frívolo o muy mezquino sería el que confundiese ese ideal con las vulgares concupiscencias que habitualmente se llaman ambición.

A tales extremos llegó, sin embargo, la pasión política en aquellos días y tanto ha oscurecido los juicios históricos posteriores, que una supuesta carta que se decía dirigida por Bolívar a don Joaquín Mosquera ha pasado a la historia con el nombre de “carta del campo rozado”, y todavía muchos detractores del Libertador la usan como si fuera auténtica, a pesar de que el propio Mosquera la denunció airadamente como apócrifa y fraguada de mala fe. En ese “documento” se atribuían al Libertador las siguientes instrucciones acerca del Perú: “Es preciso trabajar porque no se establezca nada en el país, y el modo más seguro es dividirlos a todos. La medida adoptada por Sucre de nombrar a Torre Tagle embarcando a Riva Agüero con los diputados y ofrecer a este el apoyo de la división de Colombia para que absuelva el Congreso es excelente. Es preciso que no exista ni simulacro de Gobierno, y esto se consigue multiplicando el número de mandatarios y poniéndolos a todos en oposición. A mi llegada debe ser

el Perú un campo rozado, para que yo pueda hacer en él lo que convenga”. Como hemos dicho, el mismo Mosquera la repudió solemnemente. En 1852 hizo publicar en *El Pasatiempo de Popayán*: “Antes de entrar en reflexiones declaro por mi palabra de honor, que no he recibido tal carta; que esta es la primera vez que tengo noticia de ella y de su contenido: que la creo apócrifa y forjada de mala fe, y que no podrá mostrarla nadie”<sup>60</sup>.

Un año permaneció todavía el Libertador a las puertas del Perú, después de la renuncia de San Martín. La razón principal fue que los peruanos no se decidían a llamarlo, y que cuando al fin lo hicieron, Bolívar tuvo que esperar la correspondiente autorización del Congreso colombiano. Pero aquel año, que podríamos suponer de reposo para el héroe, entre los brazos de Manuelita y agasajado en aquella región del Ecuador, una de las más bellas del mundo y más fieles a las ideas republicanas y a la persona del Libertador, fue, por el contrario, para este, de actividad incesante y de múltiples preocupaciones.

Una ligera reseña de los viajes que tuvo que emprender en esos doce meses y de los asuntos que lo ocupaban, basta para dejarnos asombrados.

Deseaba atender especialmente a la organización de las fuerzas que debían auxiliar al Perú, vigilar la peligrosa situación en que este se encontraba y organizar las provincias de Loja, Cuenca y Guayaquil, donde contaba permanecer. Un mes y unos días después de la conferencia

---

60      Lecuna, *Catálogo...*, tomo I, p. 56.

de Guayaquil, el 1.º de setiembre, salió para Cuenca; a principios de octubre pasó a Loja; a fines del mismo mes volvió a Cuenca; el 31 de diciembre estaba en Tulcán, desde donde felicita al Congreso de Colombia por su instalación. Durante uno de estos viajes parece que subió al Chimborazo y que poco después de esa excursión escribió la fantasía poética titulada *Mi delirio sobre el Chimborazo*<sup>61</sup>. Otra sublevación de Pasto lo llamaba, sin embargo, hacia el norte. De nuevo atravesó, pues, todo lo que es hoy la República del Ecuador y el sur de Nueva Granada, y llegó a la ciudad sublevada en enero del 23. Casi inmediatamente, a fines del mismo mes, tuvo sin embargo que regresar a Guayaquil, porque las tropas colombianas enviadas al Perú habían sido devueltas por el Gobierno peruano y se encontraban en deplorables condiciones en la parte más insalubre de la costa. Las lluvias torrenciales que habían comenzado a caer hacían más angustiosa la situación de ese ejército semiabandonado y agravaban las enfermedades que lo diezaban; pero asimismo hubieran impedido que otro jefe menos animoso que el Libertador volara a reunirles a través de centenares de kilómetros

---

61 No se ha encontrado el original, y las copias más antiguas, fechadas en Loja el 13 de octubre de 1822, no permiten asegurar la autenticidad del texto. Críticos muy autorizados —entre otros Vicente Lecuna, Ángel Grisanti, Pedro Grases y Edoardo Crema, en Venezuela—, consideran que el *Delirio* fue escrito, sin duda alguna, por Bolívar; aunque Lecuna supone que el Libertador no subió en realidad al Chimborazo, mientras que Grisanti no solo da como verdadera aquella excursión, sino que aduce numerosos pormenores relativos a ella. Otros autores, por el contrario, consideran el *Delirio* como una falsificación, que se hizo imitando con escasa felicidad el estilo bolivariano.

de abruptos senderos. Poco después se vuelve a sublevar Pasto, y esta vez sus indomables guerrilleros logran derrotar al veterano coronel republicano Juan José Flores, se apoderan de todas las regiones circunvecinas y se atreven a descender hacia el sur con la esperanza de tomar la propia ciudad de Quito.

Vuelve entonces el Libertador contra ellos y en la ciudad de Ibarra, que ya habían tomado, los sorprende y acuchilla. Personalmente combatió en esta acción, al frente de su Estado Mayor y de una escolta de lanceros con que se había adelantado al ejército; y personalmente persiguió al enemigo hasta desorganizarlo y destruirlo. Esto sucedía el 17 de julio de 1823 y ya, desde mediados de mayo, el Congreso del Perú se había visto obligado a llamarlo solemnemente. Las disensiones civiles, la traición de importantes dirigentes políticos y militares y dos derrotas consecutivas de las fuerzas que lo defendían, habían llevado el país a la más desesperante situación. Bolívar, que había previsto todo eso, tuvo que emprender, pues, una vez más, con la prisa y angustia de siempre, aquel largo camino desde el sur de Nueva Granada hasta la frontera del Perú. En Quito recibió la tercera embajada que le enviaban los peruanos pidiéndole que acudiera a salvarlos; el 2 de agosto le llegó el permiso del Congreso colombiano para que emprendiese aquella campaña; el mismo día, en Guayaquil, encontró a un edecán del marqués de Torre Tagle, presidente del Perú, que le traía nuevas instancias de auxilio; y el 7 del mismo mes, se embarcó en el bergantín *Chimborazo*. Por fin se le abría ocasión de realizar el anhelo de toda su vida

militar: destruir en el propio corazón de la América los últimos restos del dominio español.

Pero omitiríamos lo que es más de admirar, si a esta narración de lo que pudiéramos llamar la actividad física del Libertador durante aquel año, no uniéramos la consideración de los problemas continentales que, según su expresión, lo hacían “cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar”.

O’Leary, que lo acompañaba en aquella campaña, nos cuenta: “La noche antes de la acción de Ibarra, después de dar todas sus órdenes para la marcha en la mañana siguiente, dictó a un amanuense uno de los mejores y más elocuentes artículos que compuso en su vida, sobre la confederación americana”. Ya hemos visto que el 6 de julio de 1822 —antes, pues, de la entrevista con san Martín— sus plenipotenciarios habían celebrado con el gobierno de Lima un tratado de alianza ofensiva y defensiva que estipulaba el envío de tropas de un país al otro cuando fuere necesario; el 21 de octubre del mismo año logró igualmente de Chile un Tratado de Unión, Liga y Confederación; y el 8 de marzo y 3 de octubre de 1823 obtendría tratados análogos de Buenos Aires y México, aunque estos últimos menos amplios.

Graves noticias le llegaban al mismo tiempo de Venezuela. El general Morillo había advertido a la Corte de Madrid que “Costa Firme era la América militar”; y por esta razón, y por la cercanía de estas regiones a España y a sus posesiones en las Antillas, era siempre de temer que cualquier intento de la Metrópoli por recobrar el continente



americano se dirigiera inicialmente contra Venezuela. Además, en esta conservaban todavía los españoles la base fortificada de Puerto Cabello, y, poco después de Carabobo se encendió de nuevo la guerra en las provincias de Coro y Maracaibo. Algunos guerrilleros realistas, y también jefes de fuerzas regulares que no habían capitulado, lograron derrotar en algunos encuentros a los jefes republicanos locales, y el general Morales —aquel temible segundo de Boves que desde 1814 azotaba a Venezuela y que por su pericia y actividad parecía un caudillo venezolano—, llegó a vencer al propio general Carlos Soubllette, que había quedado como director de la guerra en Venezuela, y penetró audazmente en el interior del país hasta Mérida y Trujillo. Muy seriamente debía meditar, pues, el Libertador, si ya no pasaba de temeraria su incesante petición de fuerzas a Nueva Granada y Venezuela en favor del Perú; y si no era su primera obligación ir a defender personalmente su tierra nativa, aquella “cuna de la revolución” que tanto amaba.

Por desgracia, sin haberse resuelto aún esta amenaza a la existencia misma de la América libre, en Colombia los grupos de teorizantes y sectarios de la política —aquella irrupción, señalada por Bolívar, de federalistas, unionistas, dictatoriales, pardócratas, republicanos puros, realistas emboscados, jacobinos de buena fe como don Martín Tovar e intrigantes de baja ralea como Rafael Diego Mérida— agitaban cada cual una bandera, y dijérase que solo estaban unidos en el propósito de destruir la República. Desde la propia Caracas pedían la revisión de la

Constitución que se había promulgado en 1821, a pretexto de que los representantes de aquella ciudad no habían concurrido al Congreso que la sancionó, porque todavía estaba ella en poder de los realistas. Argumento este insostenible, y sobre todo en boca de los caraqueños, que el 19 de abril de 1810 —y antes y después— asumieron en numerosas ocasiones la representación de toda Venezuela para decidir sobre su destino. Bolívar rechazó, pues, las pretensiones de aquel grupo de caraqueños, y como la propia constitución disponía que no podía ser revisada en los diez años subsiguientes a su promulgación, participó categóricamente al vicepresidente Santander: “Esta Constitución es inalterable por diez años, y pudiera serlo, digo, inalterable por una generación entera, porque una generación puede constituirse por su vida... Yo declaro, por mi parte, que ligado por un juramento a este código, no debo obedecer a ninguna ley que lo vulnere y viole; que mi resolución es separarme de Colombia antes de dar ascenso a las leyes que aniquilen la obra maravillosa del Ejército Libertador”<sup>62</sup>.

Noticias provenientes del otro extremo del continente, del Río de la Plata, lo alarmaban al mismo tiempo. Se trataba, según carta en que lo comunica a don Bernardo Monteagudo, de “un nuevo proyecto de Confederación mandado (a Buenos Aires) de Lisboa, para reunir en Washington un Congreso de plenipotenciarios, con el designio de mantener una confederación armada contra

---

62 O’Leary, *Narración*, tomo II, p. 183. Edición de 1952.

la Santa Alianza, compuesta de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos, México, Colombia, Haití, Buenos Aires, Chile y el Perú”. Bolívar advierte el peligro de la artera propuesta, y alerta a Monteagudo: “Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga seremos sus humildes servidores, porque, formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos”<sup>63</sup>.

Solicitado así desde todos los puntos de aquel continente que todavía no se había libertado y ya peligraba por las asechanzas de otras potencias colonialistas y por los problemas de reorganización que lo convulsionarían durante más de un siglo, Bolívar seguía viendo, sin embargo, que el peligro en el Perú era el más apremiante e inmediato. “Usted me repite —le escribía a Santander— que debemos cuidar de preferencia nuestra casa, antes que la ajena. Esto no merece respuesta, porque el enemigo no es casa ajena sino muy propia”.

Sin embargo, los peruanos eran los más reacios en admitir la urgencia de aquel auxilio, por el cual arriesgaba el Libertador su gloria y su honor. Ya veremos cuántas razones concurrieron a ello: unas, muy respetables; otras, muy humanas, que es lo que se dice cuando son desacertadas o mezquinas. De todos modos, aquel año que ha podido ser para Bolívar de indolencia, de acuerdo con todo lo que había logrado y por el nuevo amor que le había salido al

---

63 *Cartas*, tomo III, p. 225.

paso, o de despecho y desaliento, por tantos obstáculos que por doquiera todavía encontraba, fue, por el contrario, de extraordinaria actividad e inicia la culminación de su fortuna.

Cuando al fin se embarcó para el Perú —como hemos dicho, el 7 de agosto de 1823— en su comitiva alguien comentó: “Hoy es el aniversario de Boyacá, buen presagio para la futura campaña”. Acaso el augur fue el propio O’Leary, su sin igual edecán y fiel cronista, de quien tomamos el dato.



## ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b> .....	7
<b>La conferencia de Guayaquil</b>	
Gerhard Masur .....	15
<b>La Conferencia de Guayaquil</b>	
Indalecio Liévano Aguirre .....	51
<b>Soñando y pensando sin cesar</b>	
Augusto Mijares.....	77



Publicado por el  
**Centro Nacional de Historia**  
Caracas, julio de 2022





Como un aporte a la lectura de nuestra historia patria, el Centro Nacional de Historia ofrece esta modesta selección acerca del encuentro entre el Libertador Simón Bolívar y el Protector José de San Martín, los días 26 y 27 de julio de 1822. Sobre esta célebre entrevista ocurrida en Guayaquil no solo han surgido diversas interpretaciones, sino que además pudiera verse como uno de los paradigmas de la grandeza del Libertador Simón Bolívar y su visión por la unión continental.

Es así como en los escritos del alemán Gerhard Masur, el colombiano Indalecio Liévano Aguirre y el venezolano Augusto Mijares podemos abordar tres perspectivas que analizan este momento clave del futuro político de América del Sur, en medio de la lucha por hacer prevalecer un cambio político y social profundo por sobre un orden tradicional. Son tres trabajos desde ópticas historiográficas específicas —siempre acotadas a las ideologías, las fuentes y las interpretaciones subjetivas de los estudiosos—, de tres grandes escritores que no deben de faltar en las aproximaciones a la vida del Libertador.



Ministerio del Poder Popular  
del Despacho de la Presidencia  
y Seguimiento de la Gestión de Gobierno

ISBN: 978-980-419-082-7



9 789804 190827